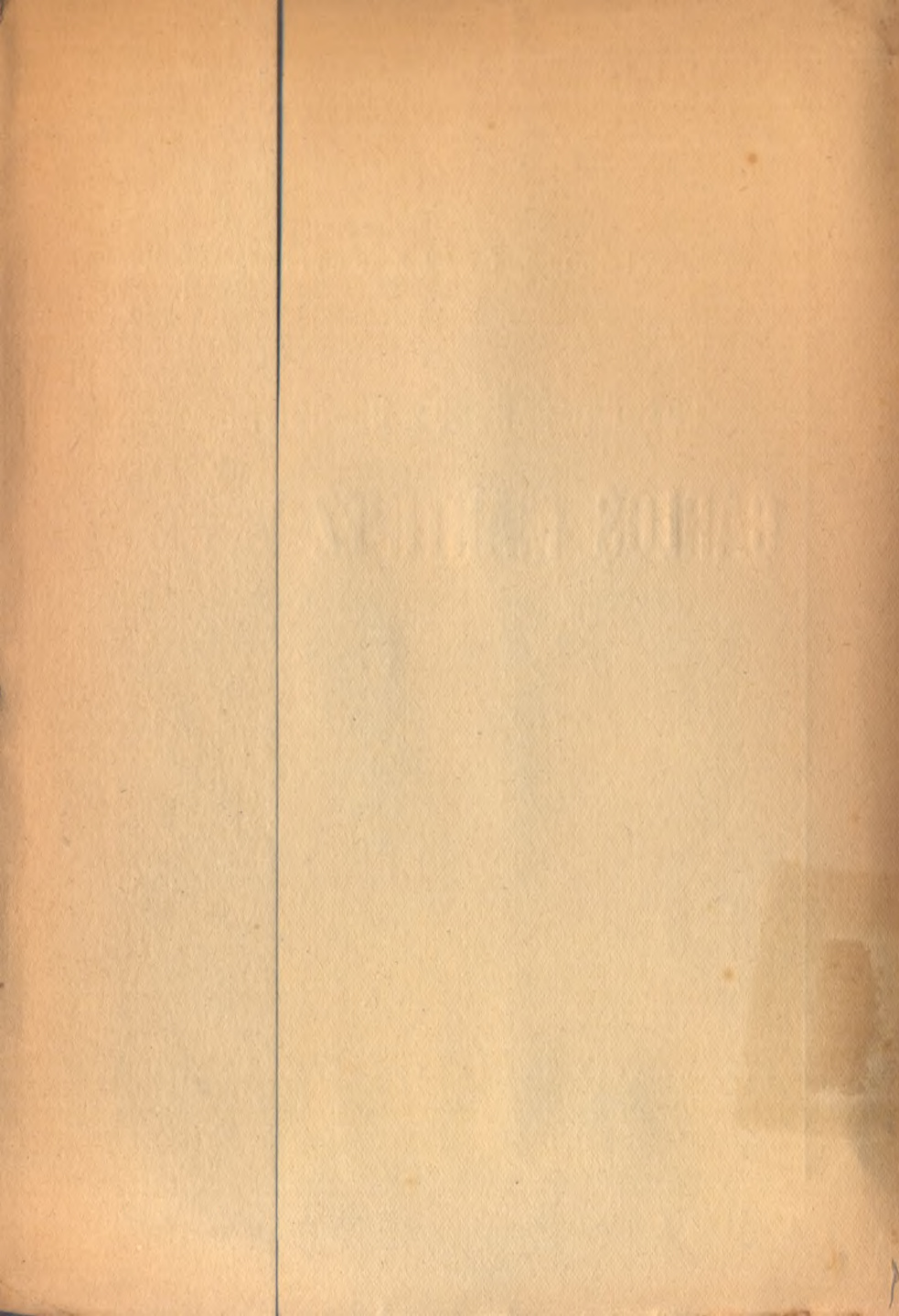


I

VICTOR PEREZ PETIT

LOS COMPAÑEROS DE RODO:
CARLOS MARTINEZ VIGIL

MONTEVIDEO
POGRAFIA ATLANTIDA-ZABALA 1376
1944



*Para el señor Académico Sr. D. D.
eí Pedro Segundo.*

**SOCIEDAD DE
HOMBRES DE LETRAS
DEL URUGUAY**

**LOS COMPAÑEROS DE RODÓ:
CARLOS MARTÍNEZ VIGIL**

U
864.3
M-P

MARTIN LUTHER KING JR. - BIRMINGHAM

LETTERS - ENCLAVES - S x x

864

864

BIBLIOTECA DE LA "SOCIEDAD DE HOMBRES DE LETRAS DEL URUGUAY"

I

VICTOR PEREZ PETIT

LOS COMPAÑEROS DE RODO:
CARLOS MARTINEZ VIGIL



MONTEVIDEO

TIPOGRAFIA ATLANTIDA—ZABALA 1376

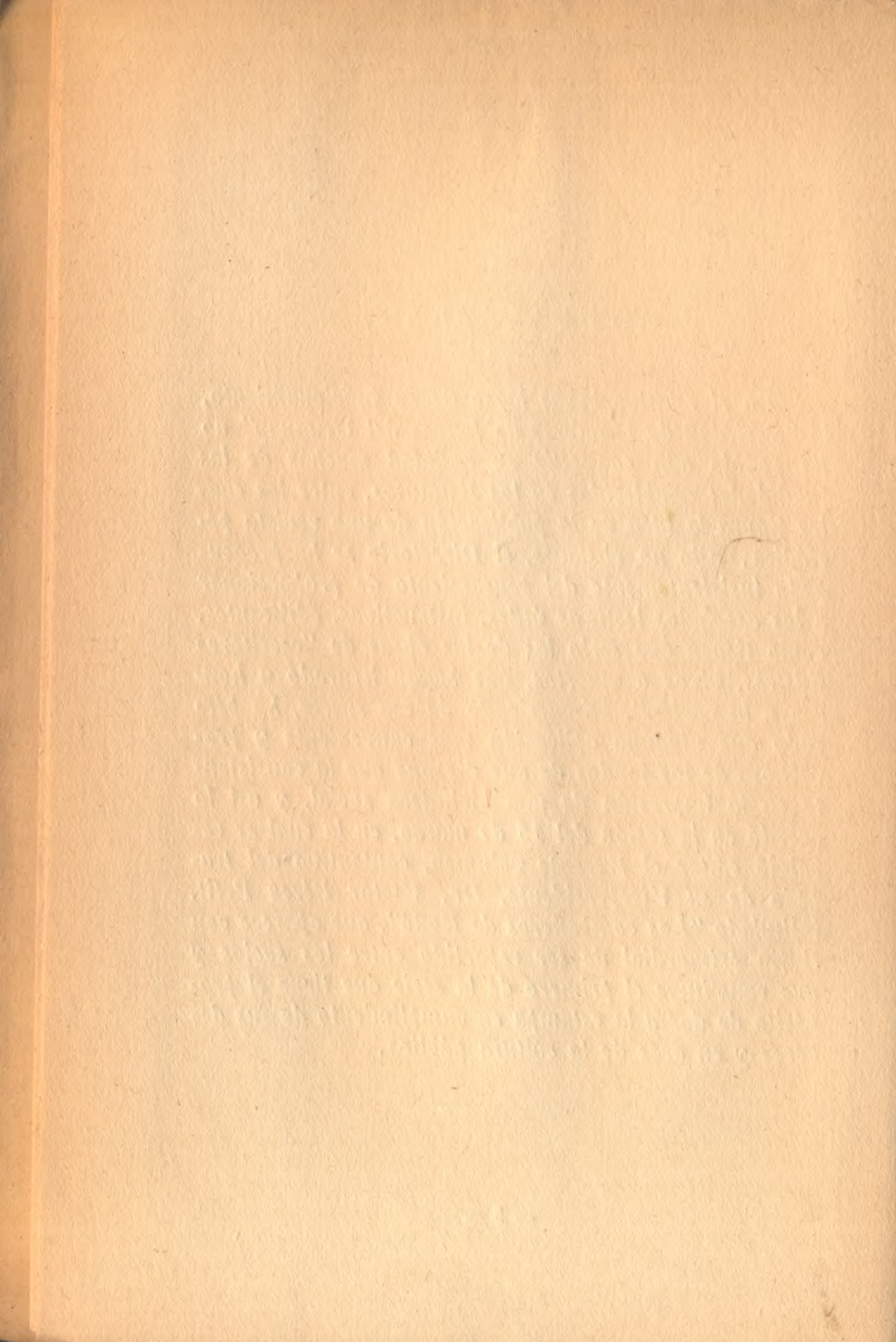
1944

DONACION
BIBLIOTECA
JOSE PEDRO SEGUNDO

DOS PALABRAS

En el relativo breve lapso de su funcionamiento, la "Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay" no ha podido aún convertir en realidad muchas de las finalidades establecidas en los Estatutos, entre las cuales figura la idea de la publicación de una revista periódica. Ello no obstante, el Directorio se ha preocupado insistentemente del pensamiento de proporcionar a los asociados lecturas útiles, instructivas, edificantes, como tienen que serlo las de las obras de "escritores ilustres, vivos o muertos, que hayan honrado u honren a la nación". Discurriendo de esa suerte, ha pensado que ninguna aplicación más conveniente y provechosa de los fondos de que dispone que la consistente en la impresión de una biblioteca social, y así lo acordó en la sesión del 15 de marzo, en la cual se resolvió editar el presente volumen, contentivo del trabajo de su Vicepresidente, Dr. Victor Pérez Petit, intitulado "Los compañeros de Rodó", que aparece con el fin primordial de ser repartido entre los socios y que constituye el primero de la serie que tiene el propósito de dar a la estampa en cumplimiento de sus deberes y en aras de la cultura pública.

32396



LOS COMPAÑEROS DE RODO

CARLOS MARTINEZ VIGIL

(Cinco cartas íntimas que pueden servir para representar la figura literaria del admirable escritor Carlos Martínez Vigil).

1ª CARTA

Montevideo, 25 de julio de 1932.

Señor doctor don Carlos Martínez Vigil.

Mi amigo:

Recibí su tarjeta postal. Es un recuerdo suyo que invariablemente me llega todos los años, cuando huyendo usted de las inclemencias de nuestra ciudad, se refugia en ese sobrenatural Río de Janeiro, que no conoce el invierno, por lo menos nuestro invierno.

Y aquel recuerdo, quiero decírselo ahora, cada vez me conmueve más hondamente, no sé si porque, al hacernos viejos, nos aferramos más a las amistades que hemos trabado en los años juveniles, o porque, en sí mismo, es la afirmación de nuestro afecto invariable, que no ha empañado jamás uno de esos peque-

ños roces tan frecuentes en el trato de los hombres, aun entre los mismos hermanos.

¡Y cuán lejana se me representa ahora aquella nuestra juventud! ¿Recuerda usted, como los recuerdo yo casi con un temblor en el ánimo, vecino de una sentimentalidad femenina, aquellos días memorables de la *Revista Nacional* en que, con Rodó y su hermano Daniel, soñábamos, discutíamos, trabajábamos y nos reíamos lo mismo que muchachos, que no otra cosa éramos, claro está, sin sospechar que estábamos a nuestro modo, humilde, grandiosamente, escribiendo una página de la historia literaria de nuestro país? ¿Recuerda usted los días de luchas, de afanes, de aspiraciones, y las noches pasadas en vela encima de un libraco, o corriendo las imprentas para corregir una prueba y enmendar un “he aquí” por un “he ahí”? ¿Y recuerda usted cómo, lloviera o tronara, hiciera frío o calor, nos molestara algún mal de nuestro organismo o una preocupación de nuestros asuntos espirituales, cogíamos siempre el mismo rumbo al salir a la calle, que era el de la casa suya, o el del escritorio de Rodó, o el mío, para reunirnos, para satisfacer la necesidad de estar juntos? Entonces usted mostraba una singular preferencia por los estudios de lenguaje. Dedicado a ello, mantuvo aquellas memorables correspondencias con los insignes chilenos Eduardo de la Barra y Fidelis P. del Solar. Alguna vez, años más tarde, me ocurrió coger su opúsculo *Sobre lenguaje* y revisar sus artículos de la “Revista Nacional”, y puedo decirle — ya sabe usted que no está en mi modo de ser adular a nadie — que al releer sus trabajos me he sentido orgulloso de mi compañero, así, en la medida como me

he sentido orgulloso de Rodó por sus escritos. Es que, la verdad, pocos, muy pocos en nuestra América latina han realizado una labor tan seria como la que usted ha realizado en materia gramatical. ¿Por qué no ha proseguido usted por esa senda?

Sí, ya lo sé: la necesidad del yantar; el mandato ineludible de la vida. Su talento, su grande y hermoso talento, ha tenido usted que emplearlo en la ergástula periodística, en la lucha diaria de su bufete de abogado, en su asesoría letrada de los Tribunales Militares, en qué sé yo qué otras cosas aún, que, si no dan mayor gloria, calientan la puchera y recogen el recibo del casero. Labor muy noble y muy útil también, donde usted ha ido dejando hoy una idea, mañana una enseñanza, siempre un rasgo altivo de su conciencia ciudadana, para adoctrinamiento del pueblo o ejemplo a los que no saben ser hombres verticales; labor tanto más bella y desinteresada, cuanto las más de las veces la ha hecho usted anónimamente, en un país como el nuestro, donde firman sus esperpentos hasta el cronista social de los diarios, o el que trasmite graznidos por las estaciones de radio. Pero, si desde ese punto de vista su figura ha cobrado relieves y contornos que no poseen muchos de nuestros más sonados parlamentarios y estadistas, su labor literaria, la que todos esperábamos de usted, conociendo su extraordinaria preparación, ha quedado en cierto modo mutilada. ¡Cuánto hubieran ganado las letras nacionales si un escritor de su talla les hubiera dedicado más preferente atención! Pero, está visto: en nuestro país, salvo contadas excepciones, no escriben para el público si-

no aquellos que no saben escribir, y así andan las pobres letras nacionales.

Tengo yo aquí sobre mi mesa una montaña de libracos que me han enviado para leer: dramas imbéciles, novelas disparatadas, versos que son berzas o algo peor. Desgraciadamente, el Uruguay no posee aún un clima propicio para las cosas del espíritu. Los hombres de valer, los que podrían regalarnos con obras artísticas, tienen que abandonar muy pronto la literatura y dedicarse a asentar números en un libro "Mayor", o consagrarse a cualquier trabajo manual. Sólo los que para nada sirven, frecuentan las Musas, por eso, porque no sirven más que para rufianes. Y "tiran del carro", como rufianes o como mulas, — casi da lo mismo. Ahí está nuestra mayor desdicha.

En fin, dejemos estas cosas tristes. Acaso la mayor sabiduría es la que usted ahora practica: viajar. Eso nos distrae de momento y ensancha luego los horizontes de nuestro espíritu. Por lo pronto, es un placer, el más triste de los placeres, decía Mme. de Staël, porque cada viaje apareja una separación y un desgarramiento; pero, ¿es que existe un solo placer en la vida que no represente la cesación de un dolor y el nacimiento de otro? Es un placer. Es la hora actual, la que vivimos, alumbrada por una alegría, por una sensación, por una esperanza; y eso, por lo menos, se irá con nosotros a la tumba. La gloria, la gloria literaria, no; es otra cosa muy diferente. Un hombre trabaja durante toda su existencia para hacerse un nombre ilustre, que será repetido por los demás hombres que vendrán después de él sobre la tierra. ¡Va-

ya! ¿qué diría usted de un capitalista que colocara su dinero para percibir los réditos cincuenta o cien años después de muerto? ¿Y si la posteridad nos entrampa la gloria para la cual vivimos? Nada, nada. Lo más cuerdo es cobrarnos en vida lo que pagamos por ella. Y en este punto, los viajes no nos extorsionan ni engañan. Nos dan lo que en ellos buscamos y lo que, naturalmente, somos capaces de recoger. Hace usted bien en viajar, amigo mío, y mucho mejor, contarnos luego sus impresiones, como lo ha hecho usted respecto al Brasil y al Paraguay en el hermoso libro "Por tierras amigas".

¿A qué viene todo esto? — dirá usted ahora. Y bien, a nada; o sí, mejor, al deseo de echar un parrafito con usted y tirarle un poco de la lengua, y sacarlo de sus casillas, y obligarlo a escribir algo más que una tarjeta postal. ¿Quién me dice que, tocado en su amor propio y para demostrarme que su pluma no se ha enmohecido por completo, no va usted a su mesa de trabajo y nos da a todos una leccioncita sobre el "idioma rioplatense" que ahora estamos creando y que algunos pretenden ser tan bello como el castellano? ¿Quién me dice que cogiendo cualquiera de los dislates que se me han escapado en esta carta, escrita sin previo borrador, no nos cataloga usted donosamente los barbarismos, solecismos, galicismos, etc., que cometemos a diario los que hablamos y escribimos, o, por mejor decir, los que creemos escribir y hablar en castellano? Naturalmente usted no se ha ido a Río para eso... Pero a la vuelta...

Esperando, a su regreso a ésta, poder darle un

abrazo, le envía sus más cordiales saludos su viejo amigo

Victor Pérez Petit.

2ª CARTA.

Montevideo, 15 de agosto de 1935.

Señor Dr. Carlos Martínez Vigil. — Río de Janeiro.

Mi viejo y querido amigo:

Recibí su carta fechada en esa sucursal del Paraíso que es Río de Janeiro, el día 13 del mes ppdo., en la que me da cuenta de que ha caído en sus manos el libro de un pobre muchacho de estos "pagos", que nos pone de oro y azul a los que fuimos amigos y compañeros de Rodó. Y al leer eso que dice usted nos enrostra el incipiente crítico ("que nosotros no fuimos dignos de él"), ha incurrido usted en la ingenuidad de molestarse, recordándome que si no nacimos con sus talentos (los de Rodó, no los del muchacho ese, ¡por supuesto!), nadie puede afirmar que moralmente, en nuestra vida social, en nuestras actitudes políticas, en nuestra conducta de simples ciudadanos, no nos encontremos a su altura y a la muy encumbrada del más digno de los hombres.

Yo creo, mi buen amigo, que no vale la pena incomodarse. Una censura vale, no sólo por lo que tiene de exacta, sino también por la autoridad de quien la formula. Ni somos tan burros que resultemos in-

dignos de Rodó, ni es maestro el criticaastro que no sabe hacer ciertas diferencias elementales. Medir todas las inteligencias con un rasero igual, creyendo que para ser gran hombre es necesario hacer lo mismo que un grande hombre ha hecho, es cosa de la ignorancia. Usted, por ejemplo, consagrando sus especulaciones espirituales al genio del idioma para llegar a la perfección verbal, es tan grande, en semejante esfera de acción, como cualquiera de los maestros del habla castellana; y no veo cómo ni de qué manera se le puede disminuir en una comparación con el gran Rodó, — el cual, si cuidó la dicción y el estilo, se consagró de preferencia a otro orden de trabajos intelectuales y le cedió a usted siempre la derecha en punto de problemas gramaticales. Su hermano Daniel, dedicando toda su vida a la filosofía y la historia (creo sinceramente que entre nosotros haya muy pocos tan preparados para escribir algo de trascendencia en tales materias), no puede ni debe ser comparado con Rodó, por la misma razón que no pueden compararse un matemático y un ginecólogo, o un naturalista y un físico, o un geógrafo y un bacteriólogo; pero, sin disminuir en un ápice los merecimientos y virtudes de cada cual, el primer quisque recién venido, si no es un zurdo mental, puede avalorar el talento de Rodó y el talento de Daniel. En el orden espiritual no se miden los grados de genialidad con una medida del sistema métrico decimal, a la manera como se mide una tonelada de trigo o cien hectolitros de caña. La misma diversidad de asuntos o materias tratados por cada uno, obliga, en la valorización, a adoptar diferentes cartabones. A nadie se le ocurrirá comparar a Víctor Hu-



go, poeta, con Champollion, descifrador de jeroglíficos egipcios, pongo por caso, por lo mismo que no se compara el zapatero que nos hace las botas con el cocinero que nos prepara los guisos. De donde deduzco yo que el que nos tilda de inferiores a Rodó porque no hayamos hecho lo que él tan estupendamente realizó, es un irreflexivo que, a pesar de sus años, continúa confundiendo el jabón con el hilo negro. Si Rodó ha legado al arte nacional páginas tales como las de su *Ariel*, otros, sin la menor indignidad, antes bien, con indiscutible talento, nos han dejado escritos sobre gramática, dramaturgia, filosofía, novela, etc., que serán aplaudidos y celebrados cuando se les analice particularmente, desprevenido el ánimo de ese afán mujeriego de las comparaciones.

¿Que ese muchacho, cuyo nombre ignoro porque usted ha olvidado decírmelo, y cuyo librito no leeré, porque me basta la referencia que usted de él me hace, nos pone a los viejos compañeros de Rodó cual no digan dueñas? ¡Bah! ¿No han hablado otros mal del mismísimo Rodó, afirmando éste que no tenía estilo, aquél que era pesado y frío, el otro que abusaba de los licores, y el más irreverente que se mostró siempre descuidado en el vestir? Amigo mío: una pluma de ganso suele hacer más daño que la garra de un león; pero fuerza es convenir en que esto acontece en los países que son corrales de gansos y no selvas vírgenes hirvientes de leones. La maldad está en el espíritu humano, acaso como un trasunto de aquella agresividad ancestral del hombre de las cavernas. Esa maldad, vistiendo arreos acomodados a las épocas históricas, manifiéstase de diversos modos; y a veces se la llama

intolerancia; otras, fanatismo; otras, maledicencia; otras, todavía, calumnia. Nosotros, en nuestros tiempos de más cumplida diplomacia, o más hipócritas, le damos el nombre de "revisión de valores". Merced a esta iconoclasta revisión de valores, nos ha sido dado descubrir que Beethoven era un sordo de mediocre talento; que Emilio Zola, un abundante escritor del que no sobrevivirán veinte líneas, y que el genial pintor de las "meninas" y de los "bufones" no pasó nunca de ser un burro que pintaba con la cola.

Antes que preocuparnos de esos gozquecillos que de tanto en tanto nos salen al paso para mordernos los pantalones — creyendo, sin duda, en su perruna ignorancia, que con ello nos disminuyen la estatura — me agradaría, disponiendo de tiempo y espacio para platicar con el viejo camarada de la *Revista Nacional*, hurgar un poco en la entraña de este problemita psicológico: ¿qué fuerza o corriente anímica es la que mueve a un ser humano a contradecir y aun a agraviar a otro ser humano? Claro está que, en tal cuestión, debe descartarse la contradicción razonada, la discusión técnica, la oposición filosófica. Mediante tales artes, es como se han logrado las más bellas conquistas del espíritu humano. Me refiero a esa crítica negativa que, por diferencia de criterio o de gusto, y hasta por antipatías irrazonadas, mueve al uno a rechazar la obra ajena, y hablo, a la vez, de esa inconcebible satisfacción que traducen las palabras de aquel personaje de Beaumarchais, el filósofo de gotera don Basilio: "Calomniez, calomniez; il en restera toujours quelque chose".

La primera forma de censura puede hallar alber-

gue aun en el pecho de hombres superiores. El ejercicio mental que exige la comprensión de la obra ajena — he escrito yo mismo en otra ocasión, y perdone la inmodestia de la cita, — supone, no ya tan sólo la perfecta representación, o, mejor dicho, la re-creación de esa obra, sino el colocar la propia inteligencia en igualdad de condiciones con la que creó aquélla. Si cabe, el artista, de un temperamento opuesto al del crítico, y de gustos y educación también opuestos, concibió y ejecutó su obra de un modo tan diverso a como el crítico la hubiera ejecutado, puesto en el caso de realizarla, que el antagonismo espiritual tiene fatalmente que originar la incomprensión, y con ésta, el repudio de la obra y su censura cruel. Pero, en la segunda forma antes apuntada, no interviene esta disparidad temperamental e ideológica: aquí, lo que interviene, exclusivamente, es la agresividad animal, la estulticia de hablar de lo que no se entiende y el placer maligno de deshacer una reputación: “Non v’e animale piu invidioso del letterato”, dejó escrito Ugo Foscolo; y, ciertamente, si nos olvidamos de los cantantes italianos de ópera y de los desastrados cómicos criollos, los literatos y los que presumen de serlo, guardan en su flaca contextura una dosis tan enorme de egolatría, que es cosa poco menos que imposible que no amanescan todos los días de Dios transpirando envidia por todos los poros, — unas veces en forma de sátiras contra los compañeros; otras, en forma de maledicencia; otras, aún, con palabras contundentes que quieren ser golpes de piqueta demoledora: “ninguno de los compañeros de Rodó fue digno de él”.

Pero, ¿quién traba una lengua viperina, ni quién

convencerá a un zonzo de que lo es? El “ne sutor ultra crepidam” de Apeles (lo cual, traducido en buen romance castellano, como usted lo sabe, significa: “zapatero, a tus zapatos”), sería la única contestación a estos criticuelos que, a la manera del zapatero que se atrevió a censurar el dibujo del excelso artífice, hablan del arte de los demás sin saber nada de nada, ni siquiera por qué milagro de la naturaleza andan ellos mismos en dos pies. Quien no se atrevería nunca a fallar si una mesa o un banco están bien o mal hechos, se lanza a proclamar muy convencidamente que tal autor es malo y que su obra es detestable. Quien apenas sabe leer y escribir, y de modo alguno conoce el arte y la literatura, niega talento a un escritor y salpica de habas toda su obra. Y bien, amigo mío: ello no nos debe asombrar ni afligirnos; ya sabemos lo que es eso: es la envidia de los impotentes; es la venganza del eunuco; el mordisco rabioso del fracasado. Fiando en la tontería de los demás, logran su finalidad, — porque en medio de su ignorancia vertiginosa, han llegado a adquirir un conocimiento, ¡uno solo, eh?, que es éste: “la mancha de aceite, por más que se lave, siempre deja algún rastro”.

Y así vemos en diarios y revistas, en folletos y hasta en libracos, cómo el mozalbete que conocimos gateando detrás del mostrador de la pulpería paterna, deja el biberón y los pañales, se calza un par de anteojos, infla los caprinos carrillos, levanta entrambos puños con sus respectivas herraduras, y todo lleno de petulancia, ya que no de ciencia, y dispuesto a ir al logro de su ambición, aunque sea trepando sobre montones de cadáveres, dicta sus fallos y sentencia “de om-

ni re scibili et quibusdam aliis". ¿Hay que enojarse por eso? ¡No, amigo mío! Hay que reírse! Mientras existan hombres sobre la tierra, siempre se nos enfrentará alguno para aducirnos que una estrella es más linda que una rosa, porque ilumina, olvidando que el destino de la flor es aromar y no dar luz. Otros hombres, probos y dignos, llegarán un día y nos harán justicia. (1)

(1) Este anuncio o profecía no ha demorado mucho en cumplirse en el caso de mi esclarecido amigo el doctor Martínez Vigil. No hace mucho tiempo, un gran núcleo de expectables compatriotas, que integraban las personalidades más altas y celebradas de la política, del pensamiento, de la banca, de la milicia, del comercio, etc., se reunieron en torno de la mesa de un banquete para homenajear al doctor Carlos Martínez Vigil. Citar aquí los nombres de aquellas personas y rememorar los discursos pronunciados, excedería la extensión que debe guardar esta nota. En los periódicos puede hallarse cumplida noticia del acto, que se realizó la noche del día 28 de diciembre de 1939. Basta agregar que en tal oportunidad le fue ofrecido al doctor Martínez Vigil un álbum, firmado por todos los asistentes, cuya dedicatoria, escrita por el autor de estas líneas, dice a la letra así: "Al doctor Carlos Martínez Vigil.

Filólogo y gramático eminente, una de las más altas autoridades en la materia entre todas las autoridades de América latina;

Maestro del buen decir y cultor de la noble lengua castellana, cuyo respeto nos ha enseñado en sus sesudas lecciones y cuyas bellezas nos ha descubierto con el ejemplo de su prosa;

Erudito de ciencia recogida en las fuentes originales, que nada o muy poco debe a los demás, porque todo en él es riqueza conseguida por la virtud del esfuerzo propio;

Poeta emérito, que sabe de la buena y sana gracia de Quevedo cuando la burla le cosquillea el ánimo y la alegría se enciende en su espíritu;

Un apretón de manos de su viejo amigo

Víctor Pérez Petit.

3ª CARTA.

Montevideo, 20 de agosto de 1935.

Sr. Dr. Carlos Martínez Vigil. — Río de Janeiro.

Mi viejo camarada:

Hace pocos días me plací en escribirle una carta en contestación a otra suya en la cual me daba usted

Crítico concienzudo e imparcial que ha sabido censurar sin ofender, aplaudir sin adular, y a un tiempo mismo ilustrarnos sin aburrirnos;

Jurisconsulto regido por un criterio claro, un corazón recto y una inteligencia vivaz, que truecan la letra muerta de los códigos en iluminaciones de verdad y justicia;

Periodista vibrante y fecundo, cuya larga actuación en la prensa de Montevideo es todo un apostolado de honestidad ciudadana, todo un curso de principios democráticos, toda una brega en defensa de los derechos e intereses del pueblo;

Ciudadano de conciencia libre que ha labrado con sus actos y actividades, en medio de nuestras turbulencias políticas, el escudo de su honradez invulnerable;

Amigo que nos ha ofrecido, así en las buenas como en las malas horas de la vida, el único oro que posee: el de su corazón;

Hombre ilustre y representativo del Uruguay, que sólo comenzaremos a avalorar cuando la separación en el tiempo nos dé la necesaria perspectiva,

este homenaje y este recuerdo de los que nos honramos con su amistad y nos enorgullecemos de haber vivido junto a él una hora de comunión espiritual.

Montevideo, 28 de diciembre de 1939."

cuenta de que un sujeto de esta toldería se ocupaba de los que fuimos compañeros de Rodó en la *Revista Nacional* para detractarnos y decirnos que “no hemos sido dignos de él”. Tal vez, con sobrada razón, podría usted ahora redargüirme que en lugar de redactar tan larga e insulsa epístola, atiborrada de citas y de comentarios manidos, mejor hubiera hecho en recordar, si quiera fuese como un homenaje al amigo y al escritor, lo que usted mismo dejó escrito, con tanta precisión y gallardía, en sus *Apuntes de mi cartera*: “He leído en las Partidas, que los sabios antiguos... “non tovieron que era cosa con guisa nin que podiese seer con derecho dar un home a otro lo que non oviese”. (Part. 2, tit. 21, ley 11). Y esto, que era cierto en la caballería, es una verdad de aplicación diaria en la literatura. Para juzgar de las obras del espíritu humano y darles el valor merecido, es necesario poseer talento y participar de sus múltiples propósitos. No es dable a las inteligencias vulgares ponerse al unísono con el genio, ni al necio con el discreto, ni al ignorante y vulgar con el sabio. Ni da ni quita reputación el que quiere, sino el que puede”. Claro está que con esto sólo quedaba maltrecho y perniquebrado nuestro censor; pero, si me hubiera reducido a la transcripción de tan juiciosos conceptos, ni fuera yo el que contestara su carta, dado que sería usted mismo quien se contestaría, ni demostrara en la ocasión poseer el don de la oportunidad para aprovecharla platicando con el buen amigo, a la manera como lo hacíamos en aquellos lejanos tiempos de la *Revista*.

Dicho lo cual a modo de introito, voy en seguida a coger otra vez la censura aquélla — no por el que

la hace, claro está, que no merece un zote el trabajo que da darle un azote, — sino porque me viene como de perlas para decir algo que hace tiempo debiera haber dicho sobre su personalidad de escritor.

Yo estoy seguro, amigo mío, que aquel caballero que se ocupa en coger los huesos de los muertos para golpear con ellos a los vivos, como dijo alguien vilipendiando a los súcubos medioevales reencarnados en criticastros modernos, ha cometido, con usted por lo menos, al estampar su condenación literaria, la más grande y torpe de las injusticias por ignorancia o por mala fe. Supongamos que sea lo primero y no lo segundo, para poder continuar llamándolo ignorante y no granuja. Quien juzga lo que no ha leído, es un tonto de remate; y si ha leído algo bueno, como lo que usted lleva publicado, y lo reputa malo, entonces ya deja de ser un bípedo —que todavía lo es el último de los tontos— para echarse a andar en cuatro patas, como lo hace un asno cualquiera. Tengo el convencimiento de que no conoce su folleto *Sobre lenguaje*, porque si lo conociera, a menos de ser ese asno de que hablo, con albarda y todo, nunca hubiera osado zaherirlo como lo ha hecho. Lo mismo digo a propósito de sus cartas a Amunátegui Reyes, Eduardo de la Barra y Fidelis P. del Solar; de su librito *Apuntes de mi cartera* y de todos esos innúmeros escritos que ha divulgado la prensa diaria y en los que vibran lo mejor de su pensamiento y lo más noble de su corazón. Por lo demás, es así como suelen producirse estos críticos “negativos” que de tarde en tarde nos salen al camino para ladrarnos su odio o su incompreensión: no se toman el trabajo de leer una sola línea nuestra. ¿Pa-

ra qué? No la entenderían, y, si por un milagro llegaran a entenderla, lo mismo nos lanzarían su ladrido. ¿No es su único propósito desahogar la rabia, la envidia o la maldad que los consume? ¿Qué otra cosa puede hacer un ácido sino corroer, ni qué el fuego sino destruir? Para echar abajo al que está en lo alto, no se discuten las ideas ni se examina su obra; se le llama burro, indigno, mamarracho, así, sin rodeos ni más pruebas, y ya está consumada la obra iconoclasta. Siempre se hallará un número suficiente de personas que no conozcan al vapuleado como para formar un cortejo fúnebre: creyendo por su sola palabra a quien se produce con tal seguridad y vehemencia, enterrarán complacidos al muerto. Y el “vivo”, es decir, el crítico negativo —todo un saco de pus con pantalones— se hinchará de satisfacción porque en su vida habrá hecho algo: babear como un sapo sobre la estrella que ha visto reflejada en la charca infecta de su alma.

Y, sin embargo, ese “indigno compañero de Rodó” que ha sido usted, ha dejado para el acervo de las letras nacionales páginas que merecieron el más sincero y caluroso aplauso del mismo Rodó, en primer término, y después, el de cien maestros, gramáticos y escritores, que no necesitan, como lo necesitaría el atrevido muchacho, fiador de competencia y honorabilidad. A propósito de neologismos y americanismos, analizando con sin igual agudeza y buen sentido una obra de Ricardo Palma, usted escribió en aquellos buenos tiempos de la *Revista Nacional* precisamente, un trabajo tan serio y bien documentado, que por sí solo bastaría a hacer la reputación literaria de un hombre. Que su libro no se haya difundido como el *Ariel* de

Rodó responde a causas que ahora sería inútil especificar; pero que ese librito suyo, *Sobre lenguaje*, por sus méritos propios, no sea digno del mejor y de más campanillas que haya escrito, no digo Rodó, sino el maestro más autorizado en lengua castellana, es una majadería tan enorme, que sólo puede espectorarla un cretino de nacimiento. El propio autor de *Ariel* lo hubiera firmado sin vacilaciones, como con orgullo lo hubiera firmado yo si hubiera sido capaz de escribirlo. Y es que a la prestancia de la dicción, a la pureza del lenguaje y a la claridad del concepto, en él se suman la riqueza verdaderamente asiática de una erudición de primera mano y la autoridad que fluye de una exégesis serena, comunicativa, sugeridora. Así como así, no es cosa que se halle todos los días a la vuelta de la primer esquina un hombre que domine tan a fondo la materia que trata, y mucho menos el que tratándola, si la materia es árida, sepa vestirla con ese ropaje atrayente que la hace accesible a todos, al sabio y al ignorante. Muy divididas han estado, y continúan estándolo, las opiniones en este asunto de los neologismos — que entraña otro más trascendental, el de la evolución y el de la muerte de los idiomas; — mas aquí, justamente, es donde brilla más alto el talento de aquel muchacho de veinte años, que, hombreándose con los Baralt, Salvá, Barcia, Rivodó y Bello — y aun, enmendándole la plana, cuando la ocasión llegaba, al mismísimo Clemencín, el censor de Cervantes, — decía defendiendo su tesis, cosas tan justas y bien dichas como estas: “El hecho de que existan dos sustantivos, *independencia* y *emancipación*, no es suficiente motivo para admitirlo (el neologismo *indepen-*

dizar). ¿No ven a dónde nos conduciría doctrina tan original como simétrica? ¿Por qué no decir también, con arreglo a ese criterio arquitectónico, *independización* y *emancipa* (sustantivos), como decimos *emancipación* e *independencia*? La razón es obvia. En gramática, como en derecho, como en moral, lo más filosófico no es siempre lo mejor. En su formación y desenvolvimiento progresivo, los idiomas no siguen los preceptos rigurosos de una lógica de hierro, sino los procederes que la etimología y el buen uso señalan como aceptables. Una lengua no es un tablero de ajedrez, ni siquiera una buena constitución política, niveladora de derechos; una lengua es como el ejercicio de la política, y es imagen exacta de la vida con sus desigualdades irritantes. Pudiera también compararse con un jardín, donde las flores nacen espontáneamente; no con un invernáculo, en el cual el arte se sustituye a la naturaleza. A mayor abundamiento, la riqueza de un idioma no estriba en su copia de signos, sino en la de ideas que estos signos expresan; y así como la magnificencia de un banquete no depende en manera alguna del número de los platos, sino del de los manjares, la de un idioma está más en las ideas que puede emitir, que en el número de vocablos de que consta su léxico. Para decirlo todo de una vez: una lengua no debe confundir la riqueza con la superfluidad."

Partiendo de este principio, tan luminosamente expuesto — y considerando que "un error no deja de serlo por el hecho de haber incidido en él doctores de los de más reverendas; no cambia de naturaleza tampoco por haberse en él incurrido una, diez, cien veces: esto no prueba otra cosa sino su generalización",—el joven

maestro, el que eso escribía a los veinte años, el "indigno compañero de Rodó", éntrase al océano hirviente de sirtes y escollos, de algunas bellas y soleadas islas también, que la minuciosidad pacienzuda de don Ricardo Palma ha surcado en su carabela de Conquistador. Y en este punto es donde sólo por ignorancia o por una mala fe que está golpeando las puertas del presidio, puede desconocerse o pretender anular la labor original del gramático: que cada neologismo, cada americanismo traído por don Ricardo Palma, con la venia a veces de los más exigentes maestros, es examinado hasta en sus más escondidas raíces y sometido a la reacción de los ácidos que vivifican o destruyen el lenguaje, y, por si todo eso nó bastare, expuesto muy luego en primorosas vitrinas, montados como piedras preciosas o de similor en el engarce de la prosa de los más renombrados orfebres, para que el centelleo de la verdadera joya denuncie la opacidad de la piedra falsa.

Para decir que *Sobre lenguaje* no vale nada o vale muy poco, es menester ser dueño de una autoridad que no puede darse a sí mismo el primer niño quitolis que nos salga al paso. Yo, con toda esta pendería de crítico que algunos me suponen, y el propio Rodó con su indiscutible talento y su perfecto conocimiento del idioma, tuvimos que rendirnos, más de una vez, en aquellas bravias y épicas discusiones de los tiempos de la *Revista Nacional*, ante sus conocimientos gramaticales y su ciencia y filosofía del lenguaje. ¿Recuerda usted nuestra interminable disputa sobre si *cuyo*, *cuya*, indica siempre posesión o si no conviene con los pronombres posesivos en sus demás propiedades? ¿Recuerda usted aquel formidable argumento

de que hay casos en que este pronombre no concuerda con el nombre o cosa a que hace relación, al paso que los posesivos *mío*, *tuyo*, concuerdan siempre con el mismo nombre a que se refieren? ¿Recuerda usted los ejemplos que nos tirábamos a la cabeza, extraídos de los clásicos y los modernos? “Aquel *cuya* (de quien) fuere la viña, la cuide”; — “Mañana es mi cumpleaños, con *cuyo* motivo (en virtud de lo cual) lo invito a usted a almorzar?” Durante horas enteras discutíamos este y otros semejantes asuntos, porque entonces, para escribir medianamente, considerábamos que debíamos saber gramática y un poquito también de griego y de latín. Hoy no; hoy, el primer zampatortas en procura de notoriedad, sin cuidarse de la concordancia ni de la ortografía siquiera, se arranca una pluma del lomo, la mete en el tintero y da suelta a todas las incoherencias que tiene metidas en el cuerpo, para tundirnos con un artículo o una poesía en los que él mismo no sabe lo que ha querido decir. ¡Y estos grajos, que aprenderían muchísimas cosas útiles con sólo oírnos hablar, son los que se erigen en nuestros censores y dictaminan sobre nuestros escritos! ¿Qué saben ellos si “adulón”, por “adulador”, está bien o está mal? ¿Qué saben del “desapercibido”, por “inadvertido”? ¿Qué del “viva”, verbo, y del “viva”, interjección, nacido del optativo del verbo “vivir? ¿No escriben corrientemente este barbarismo: “han habido reyes conculcadores”, etc., por “han existido” o “hemos tenido”, etc.? ¿No despotrican cuando analizan nuestra personalidad “bajo el punto de vista”? ¿No revelan su total desconocimiento del castellano cuando para designar algo que tiene su vocablo correspondiente en el

diccionario nos hablan empleando voces extranjeras, — como “groom”, “speech”, “cottage”, “savoir faire”, “rendez-vous”, “sleeping-car”, “garden-party”, “morbidezza”, “affiatato”, “lembrança” y otras palabras o locuciones por el estilo? ¿No les vemos escribir: la *Comedia de las equivocaciones* de Shakespeare está basada en el “mutuo parecido” de dos hermanos gemelos? ¿Saben, acaso, por qué al “pasma” le dicen “lipotimia” y al “agracejo” (el arbusto espinoso), “oxiacanta”? ¿Se enterarán nunca de que llamar “odontálgico” al elixir que procura hacer bien a los dientes es un puro disparate, pues la voz griega de que deriva la palabra quiere decir justamente lo contrario: que hace mal a los dientes?

Pero, advierto que esta carta va a exigirme un franqueo superior a mi capacidad económica. Dejaremos, pues, para una cuarta y última lo que tengo que añadir sobre su valiosa producción intelectual.

Un fuerte abrazo de su invariable amigo

Víctor Pérez Petit.

*
* *

4ª CARTA

Montevideo, 29 de agosto de 1935.—Señor doctor Carlos Martínez Vigil (en Río de Janeiro). — Querido amigo: Aquí va mi cuarta carta, en contestación a la única suya que he recibido. Eso habla mucho, no sólo en favor de mi fecundidad, sino de la fuerza de

podríamos escribir: “Greguerías” no debiera escribirlas más que alguien que se llamara Gregorio (pongamos por caso, Gregorio Martínez Sierra); pero un escritor que se llama Ramón Gómez de la Serna, — quien ha hecho de su patronímico su verdadero nombre de batalla — puesto en tren de cortar ramas y hojarasca, no para apacentar cabras en tiempos de nieves, según enseña el diccionario, sino para servirnos trozos desnudos y limpios de su ingenio, no debiera escribir más que “ramoneadas”. Y así tendrían justificación algunas de sus “greguerías”, por ejemplo, aquella que dice: “El pez más difícil de pescar es el jabón dentro del agua”; o aquella otra que reza: “La cerveza es una hipócrita que se hace beber con un deseo de alcohol, de exceso, de ardores, de genial sobreexcitación y después nos defrauda, habiendo conseguido abotagarnos: da toda la burrería que da la cebada”. No obstante, Ramón, cuando acierta, acierta de verdad, y entonces es cuando escribe: “Siempre nos hacen sonreír un poco esos muchachos que aprenden cinco lenguas dificultosamente, cuando nos encontramos camareros de hotel que saben varias, y entre ellas el alemán”; o bien: “Nos indigna al pasar por los palacios el ver esa costumbre ruin de abrir las puertas accesorias y no las principales: parece como si temieran que por el gran marco se les escapase la riqueza”; o bien todavía: “Cuántas veces las piernas femeninas se nos suben a la cabeza como un alcohol fuerte”. Y estos aciertos, que adquieren, en ciertas páginas, el entono de una amarga y profunda filosofía (como cuando se habla de las prostitutas que sueltan las delegaciones en la luz lívida del amanecer, o cuando se pinta la tristeza de

los pobres obreros con gafas), o que se alzan hasta la categoría de una verdadera concepción artística (como cuando se evoca a aquella princesa negra que vivía en medio del desierto en un palacio de mármoles cohabitando con una enorme serpiente), son los que, indudablemente, dan a la “greguería” significación como género literario. Sin ser, en suma, un pensamiento o una máxima moral, a la manera como lo son los de La Rochefoucauld o de Marco Aurelio, o de Mlle. de Lespinasse, encierran un fondo de observación y de verdad tan ciertos, que suben grados en nuestra consideración y las diputamos por pequeños joyeles trabajados por manos orfebres.

Y bien; treinta y cinco años antes que Ramón Gómez de la Serna lanzara a la vida de las letras hispanas sus chispeantes “greguerías”, aquí, en este apartado solar de América, un muchacho que hacía entonces sus primeras armas en nuestra *Revista* escribía cosas como estas: “Semejantes a los ángulos que se hacen en los quesos, hay individuos que comienzan siendo agudos y terminan por ser obtusos”; “Como las carretas que se usan en nuestros campos, hay individuos en las ciudades que chillan cuando les falta el aceite”; “En algunos géneros de vestido es más lindo el revés que el derecho, como en ciertas casas de familia las mammas y las sirvientes exceden en belleza a las muchachas”; — “A los novios debiera aplicarse rigurosamente la disposición del artículo 2278 del Código Civil, relativa a los acreedores prendarios: el acreedor no puede servirse de la prenda en manera alguna”; —

Todo progresa y camina hacia adelante, confundido en un vértigo arrollador: hasta las instituciones llama-

días retrógradas; hasta el calumniado cangrejo, cuando lo quiere; hasta los pájaros, que tienen las rodillas para atrás”.

El muchacho que tales humoradas escribía, era usted, amigo mío, como puede verlo cualquiera recorriendo las páginas de *Apuntes de mi cartera*, en las cuales, al lado de esas y otras muestras de ingenio — de que no ha dado ejemplo el criticastro, — hallamos agudas observaciones sobre arte, filosofía y política; exactos y definitivos juicios, como el consagrado a aquel brillante polemista que fue el doctor Aramburú (Byzantinus); críticas mordaces, como la dedicada a ciertas revistitas americanas divulgadoras del ”deca-dentismo”; reflexiones atinadísimas, como aquella sobre el afán que nos mueve a hacer recaer sobre otros la culpa de lo desagradable que nos sucede. Tanta es su prioridad en determinados comentarios, que cuando leo en Ramón: “. . . esas viejas que se ven recomendando y masticando la boca sumida”, no puedo menos de recordar su dicho: “Como las bocas de algunas viejas, hay hombres que no hallan acomodo sino en la muerte”; lo mismo que cuando leo: “Las dos manecillas del reloj se reúnen para preguntarse: ¿qué hora es?”, de inmediato acude a mi pensamiento lo que usted escribió hace ya tanto tiempo: “Como el horario y el minútero de un reloj, algunos matrimonios se aproximan durante media hora para separarse durante la media hora siguiente”. Evidentemente, si además de la prioridad, ha de buscarse la exactitud, la gracia y el giro original de la observación, usted, en tales casos, lleva todas las de ganar. Y su sátira — o “humour”, que dirían los ingleses — es de tan buena cepa, que a

veces le dicta cosas de esta envergadura: "Talleyrand ha dicho: *Plus je connais les hommes, plus j'aime les chiens*: cuanto más conozco a los hombres, más quiero a los perros. Esto pase, aunque fuerte. Y Schopenhauer agrega que: "si no hubiera perros, no quisiera vivir". Figúrese el lector imparcial cuánto mejor que en labios de un filósofo estarían estas palabras en boca de una perra."

Pero, dejando a un lado estas obras de su juventud, todavía sería menester examinar toda su inmensa labor periodística, realizada a lo largo de muchos años de trabajo, para poder aquilatar su valor moral y sus grandes y nobles realizaciones. Quien tan ligeramente nos juzga, ha olvidado que esa labor, en usted, ha sido lo más digno de cuenta. Usted ha vivido la vida pública, la vida social de nuestro país, — combatiendo los malos gobiernos y defendiendo los más puros ideales, — como la vivieron aquellos dignísimos maestros, aquellos ilustres varones que fueron Juan Carlos Gómez, Carlos María Ramírez, Eduardo Acevedo, Martín C. Martínez, que día a día, durante años, durante lustros, desde las columnas de sus periódicos, pusieron cátedra de dignidad ciudadana y enseñaron al pueblo a pensar en los más difíciles y contrapuestos asuntos, y, cuando la ocasión llegó, ante los desbordes del poder o los asaltos de la iniquidad o de la bellaquería, supieron jugarse la vida y bajar a la palestra con el gesto y la conciencia de seres verticales. Olvidar sus campañas de *El Orden*, de *Montevideo Noticioso*, de *La Tribuna Popular*, es lo mismo que querer negar la luz del día cerrando los ojos. No soy yo solo: son cientos, millares de lectores los que ha-

brán seguido su prédica y habrán podido juzgarla; y no es un muchacho cualquiera, un audaz criticuelo, un temerario negador, quien pueda destruir, con un renglón de babas malolientes, esa labor enorme y meritísima que, si no lo coloca a usted por encima de Rodó, por lo menos no autoriza a nadie para colocarlo ni siquiera un milímetro por debajo de él.

Toda una vida de elevación espiritual, de absoluta sinceridad ideológica; toda una vida de honradez y de altiva independencia ciudadana, llevada al través de las turbulencias de nuestra democracia y de los diarios sinsabores que asaltan al que no ha sido asistido en la cuna por el hada que posee el don de la riqueza; toda una vida consagrada al trabajo honrado y a la defensa de los más puros ideales, sin una claudicación, sin una apostasía, sin un desmayo siquiera, — antes bien, cuidando siempre, a costa de los más duros sacrificios, la dignidad del nombre que se lleva y el más limpio esplendor de la moral que se defiende, — constituye un escudo que no es fuerte a vulnerar la diatriba, el odio insano, la calumnia vil, el esputo de la ignorancia o el venablo traidor de la mala fe. Y ese escudo, que se ha forjado usted mismo con sus obras de varón insospechable, lo defenderá siempre, aun cuando la muerte venga a anular su personalidad humana: que si la ley implacable de la vida puede reducir a un montón de polvo la mísera contextura de un hombre, otra ley más alta, que rige la memoria de las generaciones que se suceden sobre la tierra, impone el recuerdo y el respeto de aquellos individuos que supieron señorear sobre la común vulgaridad por un destello milagroso de su inteligencia o de su corazón.

Durante todo el gobierno borrascoso del señor Idiarte Borda; en los momentos difíciles del gobierno del señor Cuestas, y, sobre todo, durante la larga administración del señor Batlle y Ordóñez, su voz limpia, autorizada y recta dijo, cada día, la verdad, su verdad, al pueblo, sin miedo, sin rodeos, sin reticencias. Todo un catecismo de conducta cívica se expande en estos centenares de artículos periodísticos suyos, vibrantes de amor al pueblo, forjados al calor de los más nobles ideales, encendidos a veces también por la llamarada de las cóleras santas. La juventud que hoy busca el éxito, la nombradía o la fortuna — no siempre por los caminos más decorosos, antes por el contrario, lanzándose por atajos propicios al asalto, — tendría que leer y releer su fecunda y altiva propaganda periodística. Y al advertir, entonces, con cuánta largueza y espontaneidad derramó usted el oro de su cerebro, vería más de resalte la miseria y cobardía del gozquecillo que ha salido a ladrarle en despoblado, sabiendo éste de antemano que en su desdén de viandante seguro de sí mismo, no se dignaría usted inclinarse al suelo para recoger un pedrusco y castigar su desmán.

Advierto aquí, antes de echar la firma, que el ex abrupto de un pobre gato en trance de literaturas me ha conducido a expresarle algo de lo mucho que podría decir acerca de su persona. Ya ve usted cuán cierto es aquello de “que no hay mal que por bien no venga”.

Su amigo de siempre

Víctor Pérez Petit.

5ª CARTA

Montevideo, 2 de setiembre de 1935.—Señor doctor Carlos Martínez Vigil. — Mi noble amigo: Cuando le dirigí mi última carta tenía el firme propósito de no molestarlo más con mis divagaciones y comentarios. Lo que era necesario decir sobre el despropósito de ese infeliz que pretendió erigirse en nuestro juez, quedó dicho. No cabía una palabra más sobre el asunto. Pero luego, meditando el caso, se me ha ocurrido que reuniendo los diversos cabos sueltos de todas esas apuntes que he hecho acerca de su persona, podría configurar, sin mayor esfuerzo, una semblanza literaria. Y héteme aquí otra vez con la pluma en la mano para tratar de dar cima a esa ocurrencia. Esta nueva carta, mía, suma y compendio de las cuatro anteriores, dejando un poco el carril del epistolario, asumiré el entono, si usted lo consiente, de una página crítica en la que se procurará expresar lo que usted verdaderamente representa en la literatura del Uruguay.

*
* *

Nuestro país padece una epidemia de poetas. Yo no digo que nos pongamos todos a los negocios ganaderos o a traficar con la yerba paraguaya y el tabaco brasileño; cada uno va por el camino por el que tira su natural inclinación. Pero el hecho cierto y verdaderamente lamentable es que cualquier sujeto que haya aprendido a leer y escribir, en vez de leer, pon-

gamos por caso, un libro de agronomía o de química industrial, y de escribir, si de escribir le asaltan deseos, en esos libracos comerciales que lucen en el cabezal de sus páginas las palabras “Debe” y “Haber”, como no lo remedie un ataque de parálisis fulminante, se pone en cuatro pies sobre la mesa de trabajo y antes que otra cosa compone una tan descomunal ristra de versos, que es cosa de preguntarse, olvidando la calidad por supuesto, si Lope los escribió con más descuidada abundancia. Los poetas se dan en nuestro clima cultural con la misma generosidad que la verdolaga en el campo; tenemos poetas patrióticos a montones, poetas amatorios por centenares, poetas altruistas por miríadas, poetas incoherentes de la “nueva sensibilidad” por cúmulos o conglomerados estelares. Naturalmente, poetas de verdad, apenas una media docena.

Igual cosa acontece con los prosistas. No hay muchacho de veinte años que no haya perpetrado un volumen de cuentos, ni ciudadano al parecer inofensivo y honesto que no le haya puesto su firma a varios mamotretos que él sólo llama con el nombre de novelas. Y no deseo hacer mayor hincapié en el género dramático, porque el teatro es cosa que tienta a los uruguayos más que una mujer hermosa o una revolucioncita montaraz en la que puede cada quisque voltear un alambrado y churrasquear carne ajena sin indemnizar pecuniariamente al dueño. No hay mozo de café, ni guarda de tranvía, ni vigilante del orden público que no tenga en el baúl o en el meollo su drama de tesis o su revistita sicalíptica. A lo mejor, usted está hablando con un caballero, con un anciano venerable, con

un médico famoso o con un ministro de campanillas, y le habla con todo respeto y consideración porque lo tiene por una persona seria, y el personaje en cuestión, en sus momentos de ocio, ha escrito tres actos que son tres puñaladas al arte, al sentido común y al buen gusto. Es indiscutible que el setenta y cinco por ciento de nuestros compatriotas se han sentido unos Florencio Sánchez en algún momento de su vida.

Es que la literatura, para la mayoría de las gentes, resulta cosa de mero solaz y esparcimiento; algo tan fácil y hacedero, que no hay más que poner las manos en la masa para sobar un pan; un perendengue vistoso con el cual cualquiera puede adornarse con sólo quererlo. Para componer un verso, un drama, una novela, no se requieren estudios ni preparación anterior; se dice uno a sí mismo: —“voy a escribir un soneto, una comedia, un cuento literario”, y ¡ya está! Lo que resulte, así sea un monumento de idioteces y relinchos, siempre será credencial para figurar en nuestros relampagueantes círculos de intelectuales. Si alguien tiene que vestirse, va a casa del sastre y le encarga un traje; si de comer se trata, procura un cocinero, porque se reconoce incapaz de freír un par de huevos; si desea un banco o un taburete para sentarse, llama al carpintero, toda vez que no se considera con facultades para encajar unos clavos en cuatro trozos de madera. Pero, ¡escribir una poesía! ¡componer un drama! Eso lo hace cualquiera.

Un poquito de esto —o un mucho de lo mismo — ha de acontecer en las otras repúblicas sudamericanas, porque la cantidad de poetas que se dan en ellas tiene algo de exuberancia tropical. Basta ojear

las revistas literarias. Usted recorre sus veinte, cuarenta o cien páginas y no saca de ellas nada: ni una idea, ni un recuerdo, ni una imagen. El río de las palabras pasa, y no queda el limo de una realización. Se apagan las candelas multicolores del fuego de artificio, y es un poco de humo sobre la negrura total de la noche. Cuando alguien escribe porque tiene algo que decir, y nos sugiere un pensamiento, o nos regala con una enseñanza, es cosa de santiguarse y de creer que Dios nos ha visitado.

He ahí por qué se me antoja obra de particular encarecimiento la que realizan los escritores sudamericanos que se consagran a la crítica literaria, a los ensayos morales o sociológicos, a los estudios del lenguaje. No son muchos, es cierto; pero los pocos que pueden recordarse merecen la nota de eminentes con que al nombrarlos los consagramos. Domingo F. Sarmiento, Andrés Bello, Juan Montalvo, Rufino José Cuervo, José Enrique Rodó, Miguel Antonio Caro, etc., son figuras de aquella alcurnia. Como flores extrañas a la comarca — como plantas traídas de países lejanos — lucen en nuestros jardines criollos tanto por sa misma extrañeza cuanto por la belleza formal que revisten sus escritos.

Evidentemente es cosa más hacedera escribir una oda a la Luna, una silva a los bosques ecuatoriales o un canto a la amada, que componer un tratado sobre el castellano en América o disertar sobre el idealismo latino y el materialismo yanki. Para aquéllo, basta poseer inspiración, saber manejar el verso, idear imágenes sugerentes y propias. Para esto otro, se requieren meditación, estudio, buen criterio, un buen lastre

de lecturas, un poco también de conciencia constructiva en la finalidad que se persigue. A cualquiera salta a la vista que no tiene la misma enjundia — ni ha exigido, por lo mismo, igual esfuerzo intelectual — el *Nido de Cóndores*, de Olegario Andrade, no obstante el aliento épico que anima toda la bella composición del vate, que el *Facundo*, de Sarmiento, exponiendo con una virilidad portentosa el pleito de la civilización y la barbarie. A nadie se le ocurrirá igualar la trascendencia de la novela *María*, de Jorge Isaacs, el idilio amoroso que hizo verter lágrimas a toda una generación, con el tratado de Juan Montalvo *Los héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana*, en el que se nos presenta la figura de Simón Bolívar con tan reveladores y geniales trazos, que más que dibujo literario es vivero de sugerencias e incitaciones. Y es que si para la primera categoría de obras la virtud creadora del escritor finca en sacar de la entraña propia una emoción o una figura retórica, para las obras de educación moral o de elevación del espíritu la virtud está en un análisis y una síntesis que no se logra en un raptó de inspiración, sino tras largas horas de reflexivo examen del mundo y de la vida y después de confesar contritamente la propia alma.

Entonces, de seguida, advertimos en las preferencias del público la radical diferencia entre unas obras y otras: los libros de imaginación, de mero deleite espiritual, conquistan la voluntad de la inmensa mayoría de las gentes; los otros, los de entraña filosófica, los que tienden a una enseñanza, los que gravitan en torno de una idea de crítica trascendental, no interesan sino a los estudiosos. Por ello, la popularidad

de un Díaz Mirón, de un Asunción Silva, de un Gutiérrez Nájera, de un Santos Chocano, etc., es dilatadísima; y en vez, la de un Andrés Bello se circunscribe a la de los que se dedican a los estudios gramaticales; y la de un Juan Bautista Alberdi, a la de los que se consagran a los estudios político-sociales, y la de un José Enrique Rodó, a los que gustan del ensayo moral a la manera de Montaigne. No es, como se ve, el aliciente del favor público el que puede mover a estos claros espíritus a disertar sobre graves o áridas materias: es, antes que nada, el imperativo de su idiosincrasia, y después, el placer de experimentar, ante sí mismos, la propia superioridad. La mayor grandeza de las montañas radica en la excelsitud de la cumbre, oculta las más de las veces para el común de los mortales por la lejanía y los celajes: a sus pies, por los hondos valles, árboles y cabañas, pedruscos y charcas confunden su vulgaridad e insignificancia bajo el rasero nivelador de la mediocridad. La montaña es siempre grande aunque las hormigas no aprecien su grandeza.

Carlos Martínez Vigil, desde muy temprano, reveló sus preferencias por los estudios gramaticales y filológicos. Mientras cursaba los estudios del bachillerato en ciencias y letras — que habría de rematar, más tarde, con los de derecho, para graduarse de abogado, — consagraba todas sus horas disponibles a la lectura de los grandes clásicos españoles de los siglos XVI y XVII, con los que llegó a familiarizarse de tal manera, que nadie era fuerte, ni aun el mismísimo Rodó, a enfrentársele para discutirle una cita o contrariarle una opinión. Puesto ya en esa vía, quiso

entonces conocer más a fondo la raigambre del lenguaje, y, desdeñando de momento a los poetas y prosadores del siglo XVIII — entre los cuales, corriendo el tiempo, habría de apartar, en su celoso aprecio, a Cadahalso y Jovellanos, a los dos Moratines y a Quintana, — empeñóse en el examen concienzudo de los que podrían denominarse “los primitivos”, enfrascándose en la lectura de los grandes poemas relativos al Cid (el *Poema del Cid*, desde luego, que data del segundo tercio del siglo XII, y la *Crónica Rimada*, de anónimo compilador) y en la de los vetustos “misterios” (*El Misterio de los Reyes Magos* y *El Misterio de Elche*), que disputan a aquéllos la antigüedad. Curioso e investigador, pese a sus cortos años, advierte fundamentales características en la redacción de los textos, así como la lenta evolución de los vocablos, que al salir del latín semibárbaro en uso durante la Edad Media, van esforzándose por adquirir fisonomía propia; y así, investigador y curioso, no confunde la lengua romance (con algo de castellana ya en la entraña, con no poco del catalán actual y siempre con sus resabios del latín) con la lengua nueva que va modelándose. Es evidente que el “misterio” catalán, que canta:

Les muntanyes huy, s'alegren que pugen por pietat
e les valls aço entenen complides d'omilitat,
e houelles qui congeben ayels de simplicitat,—

contrasta con el decir propio del *Poema del Cid*:

De los sos ojos tan fuerte-miente lorando
Tornaua la cabeça e estaua-los catando.

Vio puertas abiertas e vços sin cannados,
Alcandaras uazias sin pieles e sin mantos,
E sin falcones e sin adtores mudados,
Sospiró Myo Çid ca mucho auie grandes cuydados.

Igual contraste advierte entre la lengua del *Poema del Cid* y la lengua de Gonzalo de Berceo, que floreció hacia el año 1220, — que si en aquél encontramos voces como estas: “caedrán”, por caerán; “amos” por ambos; “miraclo”, por milagro; “odredes”, por oiréis; “barragán”, por animoso; “viba”, por viuda; “aguardar”, por mirar; “gradir”, por agradecer; “mager”, por aunque; “oios”, por ojos, etc., en este último hallamos estas otras: “oiedas”, por ojos; “magüer”, por aunque; “aguardar”, por reverenciar; “miraglo”, por milagro; “adamado”, por amado; “offrir”, por ofrecer; “yogo”, por habitar; “flumen”, por río, etc. — *El libro de Alexandre*, los cantares del Arcipreste de Hita, la *Vida de Santa María Egipciana*, y con estos, las obras de don Juan Manuel, el *Libro de los Exemplos*, todos los arcaicos textos de la época de Alfonso el Sabio hasta la de don Juan II, en que surge aquel gran poeta que fue don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, continúan aleccionando al estudioso, revelándole los secretos de la evolución de las palabras del idioma, adiestrándole en el conocimiento de los modos de decir de cada edad. Luego, es la torrentada de los preclaros ingenios — de los poetas ilustres, de los prosadores de oro, — que han hecho con sus hallazgos verbales, con sus giros sintácticos, con el remozamiento de voces caducas, este idioma que es tal que una lumbrarada de apoteosis: Garcilaso de la Vega, el dulcísimo Petrarca de la poesía española; Gutierre

de Cetina, el de los madrigales arcadianos; Juan de Lucena, el culto estilista de la *Vida Beata*; Juan del Encina, Antonio Nebrija, Fernando de Rojas, el presunto autor de *La Celestina*; Hurtado de Mendoza, el inimitable creador de *El Lazarillo de Tormes*; Juan de Timoneda, Juan Valdés, Antonio de Villegas, Lupericio Leonardo de Argensola; Fray Luis de León, el armonioso Horacio granadino; Fernando de Herrera, el más alto poeta de la escuela sevillana; Santa Teresa de Jesús, la más bella flor del misticismo; Francisco de Quevedo, la alegría y el desenfado convertido en diamante; Góngora, el retorcimiento, la inflación, el hipérbaton desbocado, la modernidad triunfante; Lope de Vega, el río inagotable; Cervantes, el inmenso mar sin orillas; Calderón de la Barca, el Shakespeare hispano; Villamediana, Cadahalso, Huerta, Meléndez Valdés, Iglesias, Álvarez de Cienfuegos, Moratín, Quintana, Jovellanos, el P. Feijoo, Antonio de Solís, el P. Isla, Juan de Mariana, Rioja, Vicente Espinel, Moreto, Francisco M. de la Rosa.... Y así, un día, después de muchos días, a los veinticinco años de edad, Carlos Martínez Vigil, entonces mi compañero en la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", resultó ser, entre los cuatro muchachos que la dirigíamos y redactábamos, el mejor preparado en el conocimiento del idioma y el de más sólida erudición en punto de escritores españoles, el más firme puntal para el mantenimiento del buen decir y la corrección de la forma literaria.

Gramático, sí, lo fue en su hora; que tanto manosear la colección "Rivadeneyra" y tanto leer y releer a Benot y Salvá, a Roque Barcia y Domínguez,

a Baralt y Clemencín, a Bello y Zorobabel Rodríguez, a Cuervo y a Rivodó, le pusieron en trance de “purista”, celoso guardián del idioma. Dígalo su hermoso, su grave, su eruditísimo folleto *Sobre lenguaje* — pequeño libro que vale por el más grande de los libros — en el que, examinando una obra de don Ricardo Palma sobre neologismos y americanismos, nos dio como en esencia todo el inmenso acervo de sus lecturas y toda su enseñanza, hecha de lógica, de raciocinio, de honesto y personal convencimiento. Pero el amor, el acendrado amor de Carlos Martínez Vigil por el idioma castellano, no podía reducirlo a ser un crítico más en la materia de sus habituales especulaciones. Ese amor tenía que conducirlo a más hondas especulaciones; y fue así como surgió en él el filólogo.

Del estudio etimológico de las palabras, del análisis oracional, del examen de los diversos nexos que unen los vocablos en la cláusula, vino a la filosofía del lenguaje, poniendo a contribución la historia, la arqueología, la mitografía, el estudio de las lenguas comparadas, los datos de la religión, de los textos arcaicos. Esta transición espiritual acaso no la comprendan algunos; sin embargo, nada más natural y propio. ¿De dónde salió todo el movimiento de las ideas que hicieron la luminosidad y gloria del Renacimiento italiano? Pues de las escuelas que los humanistas erigieron en Florencia, Nápoles y Roma; de sus disputas y controversias de gramáticos sobre los textos latinos; de las interpretaciones y correcciones dadas a un vocablo por los Filelfo, los Barzizza, los Poggio Bracciolini, los Vittorio Rambaldoni, de los Lorenzo Valla. Averiguando en ardorosas y a las ve-

ces enconadas polémicas cómo debe escribirse *mihi*, por ejemplo, si así de ese modo, *mihi*, o de este otro modo, *nichi*; discutiendo cómo se declina *supellex* o cuál es la significación de *quotusquisque*, encendieron la pira sagrada de la antigüedad, despertaron el amor de los textos olvidados, dieron una orientación al espíritu hacia la libre discusión del pensamiento que no conocieron los siglos medios. Retóricos, meramente retóricos, porque a más ellos mismos no aspiraron, concluyeron por transformar toda la vida de la humanidad: enterraron la Edad Media con sus caballeros feudales y su religiosidad monástica, el Trivium y el Quadrivium, el Satanismo y la Magia, la tristeza y la desesperanza; y en su lugar alzaron la relampagueante Signoria y las Villas gloriosas donde se reía y cantaba, donde se disertaba de filosofía y se lucía el ingenio en áticas conversaciones; donde sobre todo en vez de entonar misereres se comulgaba con la Naturaleza. De todo eso, es sabido, surgió un nuevo mundo: la Edad Moderna. ¿Y de dónde salió esa formal y extraordinaria arquitectura que ha hecho del idioma castellano la más rica, bella y sonora de las lenguas, vehículo de las más grandes filosofías de la hora que vivimos? De toda esa labor silenciosa, porfiada, minúscula de los que trabajaron en modelarla, en dotarla de desinencias, en enriquecerla con aumentativos y diminutivos, con expresiones adverbiales y verbos derivados de sustantivos; de toda esa labor ininterrumpida de los gramáticos y puristas, que un día buscaban la exacta función del relativo *cuyo* y otro la expresión fonética más apropiada a la voz latina "*miraculum*", ensayando primero la dicción *miraclo*, lue-

go la de *miraglo*, al fin la de *milagro*; de toda esa labor al parecer superficial en la que tropezaban los maestros a veces con el verbo *asolar* y dudaban al con- jugarlo entre las formas *asolo* y *asuelo*, o con ese otro verbo *vaciar*, que en la tercera persona del presente de indicativo puede decir *vacia* o *vacía*; de todas esas normas y reglas que han ido constituyendo la sintaxis, — musculatura y nervio del idioma; — de todas esas figuras retóricas (la “aliteración”, la “epanadiplosis”, la “paradiástole”, la “metalepsis”, la “perífrasis”, la “metonimia”, etc., etc.) que remedan los sonidos de la naturaleza, pintan un paisaje, describen un movimiento, evocan una similitud, cambian un sentido, transforman una idea, substituyen un concepto, suscitan un recuerdo, provocan una imagen, encienden un color, representan lo que no puede expresarse, nos traen siempre una anunciación de belleza o nos ofrecen la línea venusta de la gracia y la elegancia. Salió del ejemplo dado por los doctos, de los textos de los más admirados poetas y de los más graves prosadores, de la porfía de algún tratadista empeñado en enmendarle la plana a un filósofo o sofista, siquiera fuera éste un Gorgias y el filósofo el mismísimo Aristóteles — como aconteció, para el idioma latino, con Valla, quien, al probar que “album” y “albedo” significan una misma cosa, abolió las distinciones que el Estagirita pretendía establecer entre lo abstracto y lo concreto. Persiguiendo definiciones, reglas y sentidos determinativos, ideando prefijos y partículas (a, in, des, ex o extra, etc.) que dan el contrario de una palabra, trazando los paradigmas de las declinaciones, concibiendo las variantes de los verbos irregulares, enseñándonos las

virtudes del régimen y de la construcción, con la muy laudable finalidad de obtener la propiedad y limpieza del idioma, se construyó esa fábrica extraordinaria que es el idioma castellano. Y hoy, ya no escribimos como escribieron aquellos remotos antecesores que mencionábamos antes, — el autor catalán de *El Misterio de Elche* y el poeta desconocido del *Poema del Cid*; — hoy escribimos, si respondemos a la enorme torrentada de la tradición, como escribió el incomparable José M^a de Pereda, y si nos asiste un espíritu más nuevo y acomodado a los tiempos, como lo hace, por ejemplo, Gabriel Miró en *El Ángel, el Molino y el caracol del Faro*: “La aldea se ha criado entre los oteros de viñares. Prieta, dorada, caliente; con sus hortales jugosos de bardas crudas y ropas tendidas; un alboroto de sendas y acequias que se van cegando en el frescor de la senara; una lumbre de balsa y de vidrios. Sube la espadaña de cal de una ermita morena que en cada cantón tiene un ciprés. De lejos, todo cincelado en claridad. Parece una aldea blanca, no siéndolo.”

Un idioma es el alma de un pueblo. En él está toda su emotividad y todo su pensamiento. Está su carácter, su fe, su vitalidad; y también están sus vicios y sus defectos. Se habla como se piensa; se piensa como se vive. Y la vida, grandioso film de imágenes y representaciones, es triste y lóbrega para el pueblo que tiene la tristeza en la entraña; pero es luminosa y bella para el pueblo que tiene el Sol en las arterias. El pueblo ibérico, ardiente, apasionado, valeroso, caballeresco y pícaro a la vez, piadoso y sanguinario al par, todo arranque y quijotismo, quisquillosidad y nobleza, todo movimiento y alegría, sensua-

lismo y bulla, no podía tener, y no lo tuvo, un idioma opaco, pobre, meloso; tenía que tener, y se lo hizo, un idioma sonoro, encendido de luminarias, rico en matices, dúctil de todas piezas, apto para expresar su movilidad y ardimiento. Ese idioma, que derivó del latín, que formó con mil articulaciones distintas para que fuera más flexible, que enriqueció todavía con innumerables voces sinónimas de a dos, de a tres, hasta de cinco gemas cada una para multiplicar los fuegos y orientes de los diamantes y perlas, que afinó al punto de poder representar las más abstrusas y metafísicas ideaciones, posee tal virtud evocadora y tan científica coordinación, que le basta a veces un simple acento ortográfico para mudar totalmente el sentido de una palabra, o el cambio de una letra para representar ideas distintas, o una variante en la concordancia para trastornar el sujeto o la acción del verbo. Por medio de él se pueden traducir todos los pensamientos y emociones, todas las imágenes y sentimientos. Tiene para la ira vocablos que suenan como fanfarrias; para el amor, otros que arrullan como notas de un arpa; para el dolor, gemidos que llegan al alma; para la gloria, resonancias de órgano de iglesia; para los triunfos, exaltaciones de fuegos artificiales; para las cosas elevadas y místicas, el terciopelo del bronce de las campanas crepusculares. Pinta y cincela; esculpe y labra; trabaja en filigranas de orfebrería; ensambla con la riqueza del mosaicista que sabe distribuir el nácar y el bronce entre las piezas de sándalo y de ébano. Y cuando ha de venir al cabo de una representación sutil, efímera o refinada, ni el ritmo alado del italiano, ni las medias tintas y primores

del francés, logran lo que su blandura constructiva, que no parece sino hecha con carne de mujer, tibia y sonrosada.

¿Cómo no amar semejante idioma? ¿Y cómo no velar, con celos de amante, por su intangible pureza? ¿Cómo no dolerse de las injurias que le infieren manos torpes y no rebelarse contra los que pretenden mudar lo en otro idioma, hecho de voces robadas aquí y allá a los inmigrantes, al italiano, al ruso, al francés, al alemán, al sirio, al mismísimo lunfardo de los mercados y de los barrios marineros? ¿Cómo no poner toda el alma para conservar tan riquísimo patrimonio?

Carlos Martínez Vigil, por lo mismo que avaloró a la manera de Rufino José Cuervo las virtudes y excelencias de este lenguaje que encontramos en la cuna como don de un hada buena, puso su mayor cuidado desde los primeros años de su mocedad, en defenderlo, en prestigiarlo, en combatir contra todos aquellos que, un poco por novelería y otro poco por ignorancia, desnaturalizaban su recia arquitectura o infligían máculas y desgarrones a su regia vestimenta. En su inolvidable polémica con don Fidelis P. del Solar sobre acentuación ortográfica — que tuvo por campo de liza las páginas de la *Revista Nacional*, y que no ha sido recogida en libro — defendió con ardor el sistema acentual en uso contra las reglas dictadas por Andrés Bello; y atreviéndose, con la autoridad de un maestro, a corregir a este maestro indiscutido, con su verdad palmaria y clara, dejó sentadas cosas como estas: “Don Andrés Bello ordena acentuar *retahila*, *ahullo* (que hoy se escribe sin *h*), *mo-hino*, *vahido*, *cahiz*, contra toda razón. Olvida que en

las combinaciones de dos vocales aptas para formar diptongo, la letra *h* sirve para indicar que no lo forman; oficio innecesario en un sistema que, no teniendo en cuenta una función de la *h* que está en la naturaleza del idioma, conserva el acento para separar las vocales.” — O como esta otra: “El sistema seguido por Bello en sus reglas 6.^a, 9.^a, 13.^a y 15.^a es, como sistema, de lo peor que puede idearse en materia de acentuación ortográfica. Ordenar acentuar las palabras sin más razón que la conveniencia de distinguirlas de otras, es un criterio que sólo puede ser admisible en el único caso de faltarnos reglas precisas, y que demuestra acabadamente la falta de fijeza y la complejidad de las adoptadas. Y acentuar *régimen*, *céfiro*, *márgenes*, *démosle*, no precisamente por ser voces esdrújulas, sino porque la vocal en que carga el acento en la primera, *régimen*, no es la última de la dicción; porque de no hacerlo, debería suponerse acentuada en la segunda, *céfiro*, la penúltima vocal; por ser plural la tercera, y la última por ser compuesto de enclítico, es complicar inútilmente una materia de suyo sencilla y recargar la memoria con preceptos tan engorrosos como innecesarios.” Mucho valor — que algunos dirían osadía — se necesitaba en verdad para alzarse en contra de una autoridad de la envergadura de don Andrés Bello; pero Martínez Vigil, en aquel entonces un muchacho aún, consciente de su verdad y fuerte y bien lastrado de lecturas, no veía otra cosa ante sí que la integridad y belleza del idioma, y fue así como, polemizando con el señor del Solar, se atrevió a contradecir a aquél, no obstante la admiración y el respeto que le profesaba.

En su ya mencionado libro *Sobre lenguaje*, escrito a propósito de una obra de don Ricardo Palma, en la que analiza a fondo la admisión o el rechazo de una serie de neologismos y americanismos, combate también con denuesto varias opiniones del autor; mas, en llegando al final de su labor, escribe esto a manera de disculpa: "Si he impugnado algunas de las conclusiones que establece autor para mí tan respetable, no me ha llevado a ello otro móvil que el afán de decir lo que siento y como lo siento; y si he aconsejado prudencia ante el avance de neologismos que amenazan dar por el pie nuestra hermosa, nuestra grande lengua española, búsquese la explicación del hecho, no en sentimientos partidarios que me son ajenos, sino en el propósito desinteresado y sincero de decir la verdad, lo que a lo menos es verdad para mi espíritu. — Pero no nos ciegue el respeto a lo pasado, ni encerremos nuestro idioma en los mezquinos moldes de un afectado purismo. Sentiría infinitamente contribuir al triunfo de escuela de tan estrechas miras. Imitemos a los padres de familia que se esfuerzan en legar a sus hijos mayor patrimonio que el que les cupo en suerte; recojamos tan provechosas enseñanzas; procuremos aumentar el acervo común; acrecentemos la valiosa herencia, y, acrecentada y rica, pase la hermosa lengua castellana de nuestros labios a los labios de la posteridad."

Estas transcripciones que he hecho con verdadera complacencia, demuestran varias cosas a la vez: desde luego, el acendrado amor que Carlos Martínez Vigil profesaba y profesa al idioma, y que lo conducía a polemizar con gramáticos de la categoría del señor Fi-

delis P. del Solar y a contradecir opiniones tan autorizadas como la del ilustre venezolano; y demuestran también la preparación erudita, la perspicacia de juicio, el robusto razonamiento, la cerrada lógica del escritor en trance de amparar a su credo; demuestran todavía que si para defender la pureza del idioma, su belleza racial, su inalterable lozania, se veía constreñido a combatir determinados neologismos, que juzgaba innecesarios, feos o torpes, desde que en el léxico existen palabras que expresan lo que aquéllos querían expresar, no era en manera alguna reacio a la admisión de los buenos o necesarios neologismos que pueden acrecentar el opulento patrimonio heredado de nuestros mayores.

En ese problema de los neologismos, como en el de las variantes de las palabras al través de las épocas, conviene andar con mucha prudencia y mesura, toda vez que en ambos radica muy principalmente la existencia del idioma. El rechazo sistemático de las transformaciones que propician, la supresión de las corrientes de vida nueva que se inyectan al lenguaje, aparejan el estancamiento, es decir, la detención de la evolución, y con él, la inmovilidad y la muerte. La admisión sin mayor contralor de todas las novedades que se le ocurran a un ingenio atrevido o que propicie el error o el mal gusto del vulgo, es decir, de la gente indocta, trae igualmente la decadencia, la irremisible desaparición del idioma de entre el conjunto de las lenguas vivas. Con muy feliz acuerdo, haciendo gala de su saber y buen juicio, el ilustre autor de *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* ha dicho: "El hecho de que cada época de la lengua

se diferencia de las precedentes, no puede tener otra causa sino que hay novedades que se extienden y arraigan hasta formar parte del lenguaje familiar y literario, condenando al olvido algún uso anterior; o en otros términos, que voces, formas, acepciones y construcciones que fueron en un tiempo locales, o extranjeras, o nacidas de una falsa analogía, y por lo mismo censurables por igual razón que las que hoy nos parecen adolecer de los mismos vicios, se generalizaron y obtuvieron la sanción del uso literario; con lo cual lo que antes era provincialismo, barbarismo o solecismo, dejó de serlo y perteneció de hecho a la lengua culta nacional. Llegado este caso, prescribe de tal modo la acción de la autoridad de la gramática y de la etimología, que no sólo sería inútil sino ridículo intentar reforma o reivindicación. ¿Qué caso haríamos de quien nos aconsejase decir *veredes*, *pongades*, *pu-diérades*, *oiriades*, aunque conviniésemos en que todas estas formas se acercan más a la etimología y las últimas eran preferidas de Lope y de Cervantes? El oficio, pues, de la crítica gramatical no es resucitar lo muerto, sino conservar y depurar lo vivo; sólo entonces es benéfica o a lo menos eficaz su acción, cuando apunta las corruptelas, cuando están introduciéndose voces inútiles o mal formadas; es decir, cuando lo antiguo todavía tiene vida y circulación. Gracias a críticas oportunas, se ha contrarrestado el uso de la forma verbal en *ara*, *era* con el sentido de pretérito o copretérito de indicativo, que tanto empalaga a Meléndez y otros hasta Pastor Díaz, y el de la segunda persona del pretérito de indicativo en *tes*, que con el ejemplo de algunos andaluces y de Zorrilla amenazaba in-

introducirse en el lenguaje poético; gracias a la misma, pocos dicen ya *reasumir* por *resumir*, o hacen esdrújulos a *mendigo*, *perito*, *colega* y otros. El ejercicio de esta crítica da por supuesta la existencia de un tipo de corrección gramatical y léxica, y de criterios ciertos para comparar y para condenar o aprobar.” (1)

En estos últimos tiempos se ha generalizado en la Argentina la idea de convertir en idioma propio, en un idioma nacional argentino, la forma o manera peculiar de hablar el castellano que tenemos los rioplatenses, mechando todo el estofado con aportes del italiano, del ruso, del alemán, etc. Indudablemente, al conjugar los verbos en el modo imperativo, nadie es fuerte ya a contener a los que dicen: *subí*, *bajá*, *pone*, etc.; pero cuantos escriben, si no quieren llevarse un garrotazo, continúan haciéndolo según las reglas en uso: *sube*, *baja*, *pon*: tal vez, con el rodar del tiempo pasen al estilo literario aquellas formas del estilo vulgar. Pero lo que parece ya más difícil es que llegue el día en que puedan admitirse como palabras dignas de formar un léxico propio — un léxico nacional, que es el tesoro de una lengua — estas expresiones lunfardas, ordinariotas y torpes: *linyera* (primero significó “las ropas de la cama”; luego, “la cama” misma o el catre; ahora, significa “vagabundo”), *bronca* (enojo, rabieta), *metejón* (estar metido en amor o en el juego), *mina* o *percanta* (mujer a quien explota su amante), *bulín* (habitación pobre), *rana* (individuo despabila-

(1) Cuervo, *El castellano en América*, IV. (Estudio que no debe confundirse con el de igual título de este autor publicado en el “Bulletin Hispanique”).

do), *biaba* (golpe de puño, puñetazo), *cana* (cárcel, prisión), *tira* (policía), *curda* (borrachera), *encurdelado* (borracho), *chorro* (ladrón), *chimento* (chisme), *otario* (zonzo), *menega* (monedas, dinero), *vento* (plata, dinero), *pibe* (chiquillo), *pebeta* (muchachita), *bafi* (bigote), *mangiamiento* (observar, estudiar a alguien), *laburo* (el trabajo), *grupo* (mentira) y cien otros así; sin contar los verbos, tales que *afanar* (robar), *rajar* (disparar), *batir* (contar, denunciar), *espantar* (huír), *morfar* (comer), *sonar* (morir), etc., y las frases tomadas de los judíos que chapurrean el castellano: “¿qué me *coïntas*?” (¿qué me cuentas?); “*istás boïena mojer*” (eres una buena mujer), etc. Lanzados todos estos adefesios a la circulación por las gentes de los bajos fondos sociales, por los pobres inmigrantes y por los desastrados poetillas de letras para tangos, y repetidos inconscientemente en el seno del hogar, no ha de transcurrir mucho tiempo sin que caigan en desuso y se olviden, como se olvidaron aquellas otras palabritas que hace algunos años hacían las veces de éstas, con igual significado: *rantifuso*, *estrilo*, *ligadura*, *paica*, *atorradero*, *vivo*, *castañazo* o *zoquis*, *tipa*, *chafle*, *mamúa* y *mamado*, *raspa*, *peta*, etc., etc. — Por lo demás, para formar o crear una lengua no es suficiente cosa coger un idioma hecho, desnaturalizar algunas de sus palabras, modificar otras e inventar nuevas: es necesario, sobre todo, idear un sistema de construcción, concebir nexos, propender sobre todo a la exactitud de la representación y a la belleza de las cláusulas. No es con remiendos y zurcidos como se hace un traje nuevo; un traje nuevo puede sacarse de otro viejo, a condición de deshacer éste primero y de armar-

lo nuevamente siguiendo un molde o patrón distinto.

Mas dejemos ya esto, que exigiría un amplísimo desarrollo, y volvamos a la personalidad de Martínez Vigil.

Las necesidades de la vida y del diario yantar arrancaron muy pronto al soñador de sus amados libros y lo metieron en la redacción de un diario. No se almuerza con una oda ni se paga el alquiler de casa con una disertación sobre gramática. Teniendo a su cargo numerosa familia (huérfanos de padre y madre, entre él y Daniel debían cuidar de sus hermanas y hermanos menores), acometió la ruda empresa de convertir el oro del cerebro en oro amonedado. Su incipiente bufete de abogado no le rendía lo necesario; se hizo, pues, periodista. Y escribió en *El Orden*, y luego en *Montevideo Noticioso*, y al cabo, y por largos años, en *La Tribuna Popular*. Su mejor labor intelectual está ahí, en esas hojas volantes y efímeras, que se llenan con todas las energías del espíritu durante años y años, y todos los días de cada año, rápidamente, en inesperadas improvisaciones, recogiendo el asunto o el problema del momento, para defender los intereses públicos, para combatir un error o un desmán de los gobernantes, para decir la palabra honrada que dicta la conciencia. En esa labor asidua, porfiada, de gran responsabilidad, Martínez Vigil resultó un maestro, dando entono a su prédica y autoridad a la hoja en que escribía. Puso allí lo mejor de su juventud y de su corazón; su rectitud, su moral, su temple caballeresco. Y cuando por una de esas incidencias de la vida periodística fue llamado al terreno del honor por otro caballero, no vaciló en

acudir a él para jugarse la existencia, no obstante ignorar el manejo de las armas y constarle que su ocasional adversario era uno de los mejores tiradores de Montevideo.

Fue periodista, sí; pero por serlo, descuidó y abandonó la ciencia del lenguaje: todo cuanto esperábamos de su edad madura, quedó malogrado por el periodismo. Es la misma historia de tantos varones ilustres del Uruguay. Surgen a la vida asistidos por todas las luces de Minerva, y a poco de emprender la lucha, la necesidad prosaica de vivir los arroja a la ergástula de un periódico: allí dejan al cabo todo su talento, toda su sangre, toda su salud.

Y junto al periodista, es de rigor señalar al jurisconsulto. Carlos Martínez Vigil, graduado de abogado, abrió su estudio en nuestra ciudad para ayudarse con él a satisfacer aquellas necesidades de que se ha hablado. Ejerció su profesión con celo, con honorabilidad, con talento; y tan bien se desempeñó, destacando esas características, que al cabo logró imponer su bufete a la atención de todos, — tanto, que el Gobierno concluyó por designarlo para desempeñar las funciones de Asesor Letrado del Consejo de Guerra Permanente. En ese delicado cargo, que ejerce de años atrás con dedicación encomiable, ha puesto de relieve su competencia jurídica, su criterio recto, luminoso, incontrovertible. Es uno de los abogados que hacen honor al foro de la República; es también un maestro del que deben muchos aprender la ciencia mas difícil del derecho: cómo deben interpretarse las leyes para ser aplicadas a estas minúsculas cosas de la vida del hombre. Como frutos permanentes de su la-

bor jurídica débense mencionar su obra *Interpretación del artículo 329 del Código Penal* y su libro *Procedimiento Penal Militar*, que ha señalado normas definitivas en la materia. Los que no conozcan estos dos trabajos no pueden hablar del talento eminente de Martínez Vigil.

Pero, no tengo por qué analizar aquí al jurisconsulto. Mi propósito se circunscribe a tratar del escritor. Volviendo, entonces, a sus características, he de señalar una que nos le presenta como poeta. Aunque parezca reñido con su formal estructura de estudioso y pensador, Carlos Martínez Vigil esconde tras su continente reposado un alma de niño, y, lo que es más desconcertador, un espíritu de poeta. Siente la belleza, más que en la línea, en lo que tiene de armónica y formal. Sabe deleitarse con un ritmo, apreciar la soltura de un consonante, definir la delicadeza de una emoción. Y sabe, al mismo tiempo, arrancar al genio del idioma las expresiones propias para dar realce a los más nobles impulsos y a los más varoniles sentimientos. Si no escapan a su sensorio las femininas dulzuras del amor, tampoco le son ajenas las vibrantes altiveces de la masculinidad, celosas de su "yo" y de su imperio. Allí, en los buenos tiempos de la "Revista Nacional", compuso una poesía que ha quedado como muestra de lo que puede hacer un poeta colocado en el trance de cantar la indomeñable fortaleza del carácter. Como se trata de una poesía que no ha sido recogida más que en el volumen que el señor Raúl Montero Bustamante ha intitulado *El Parnaso Oriental*, voy a consentirme el placer de repro-

ducirla aquí. Se llama "Cave ne cadas" y dice de este modo:

La humanidad a comprender alcanza,
En el mar de la vida turbulento,..
Que es cada acto infantil una esperanza
Y cada acción senil un desaliento.

Mas, cual Anteo que recoge abajo
Vigor para arrostrar la cruda guerra,
El hombre, que nació para el trabajo,
Se enardece al contacto de la tierra.

No desmayar! no desmayar! La vida
Vale fuerza, poder, ardor, combate.
Para mí es un mortal que se sulcida
El que en la triste adversidad se abate.

No hundir la noble frente entre lo impuro
Por no ver del triunfar la hora cercana!
¡Siempre se muestra el cielo más obscuro
Cuando viene el claror de la mañana!

Quien es honrado, altivo, diligente,
No se somete a yugos ni cadenas,
Y es cada pensamiento de su frente
Vibrante pabellón en las almenas!

De este mundo al pisar la encrucijada
Hay que aprestar los vírgenes aceros.
La vida es una lucha despiadada
De lobos disfrazados de corderos!

Hay que sufrir, en lucha gigantea,
Los amargos y rudos sinsabores.
Cobarde no es quien teme la pelea:
Es cobarde quien huye los dolores.

No hay que temer el mundanal barullo,
Sino pelear con ínclitas bravuras.
¡Por algo lleva el hombre con orgullo
La frente dirigida a las alturas!

La vida no es para quien gime y llora;
La vida no es para quien sufre y calla.
¡Hay que aturdir al mundo hora tras hora!
¡Hay que aplacar a gritos la canalla!

Con la virtud por única trinchera,
Valientes combatamos mucho, mucho...
¡Hay que pelear al pie de la bandera
Hasta quemar el último cartucho!

Ya he narrado en mi libro *Rodó* cuándo y en qué circunstancias fue escrita y publicada esta bella poesía; la burla o paso de comedia a que dio lugar presentándola su autor como una colaboración enviada a nuestra Revista por el señor Carlos Roxlo, utilizando los buenos oficios de Juan Francisco Piquet; la acogida que todos le dispensamos, incluso el "difícil" Rodó. Lo que no dije entonces allí, lo que no describí, fue el cuadro político y social que nuestro país ofrecía a los ojos de los que, como nosotros, muy jóvenes aún, contemplábamos con los nuestros, cuajados de idealismo, el espectáculo del histrionismo asentado en las alturas y el del más rendido servilismo aplastado en el llano. Ahora, de viejos, ya no nos conmoviera tal vez ver a un bellaco regir los destinos de la nación rodeado de lacayos dorados y de mujerzuelas desco-cadas, ni a un pueblo de esclavos acatar las órdenes del que los manda a latigazos con interjecciones soeces; pero entonces, nuevecitos de candor y llena el alma con los resplandores libertarios que contienen los

libros, no concebíamos una mala acción ni soportábamos una tiranía ni éramos fuertes a contener la protesta que nos subía desde el fondo del corazón. Y si algo existe que haga sagrada y respetable la juventud, es esa fuerza interior que la alza en vilo para defender lo que considera su derecho y su libertad. — Carlos Martínez Vigil cantaba así, respondiendo al impulso de su alma, al imperativo de su carácter firmísimo de hombre fundamentalmente recto, — a la manera como los viejos aedas del Ateneo cantaban la libertad y vilipendiaban la tiranía en tiempos de Latorre y Santos. ¿Qué importa entonces la retórica, la entonación declamatoria, las frases efectistas, si lo que se persigue no es eso, sino llegar al alma popular para hacerle sentir el oprobio de una dictadura y el orgullo de ser libres? Vengan acá los poetitas que se desinflan al componer una estrofa sin una idea, sin una finalidad, — zurciendo tan sólo palabras manidas y huecas, con muchos “mástiles”, con muchas “proas”, con “horizontes marinos” y “conjunciones estelares”; — vengan las gaitas monocordes y gangosas que suenan y suenan sin despertar un eco y mueren después sin provocar una lágrima; — vengan acá y digan su dolor o su alegría, su rebeldía o su orgullo, como están dichos ahí, en “Cave ne cadas”, con una forma inteligible, con una musicalidad perfecta, con pensamientos exactos y profundos, que llegan de inmediato a la conciencia del hombre.

Carlos Martínez Vigil poseía un sentimiento verdadero de la poesía. Era poeta, no sólo porque sabía versificar muy bien, sino porque tenía la substancia de la poesía metidita en el alma. Avaloraba como nadie

la poesía de los clásicos, de los románticos, de los parnasianos — en su justa medida — sin pagarse de cánones y escuelas, porque la esencia de la poesía es única y no pertenece a esta o aquella cerebración: es poesía o no es poesía. Él sentía la verdadera, — cantara Jorge Manrique o Víctor Hugo, Fray Luis de León o Baudelaire; — y por sentirla en su esencia, no en su modalidad, pudo ser crítico acertado y veraz. Hoy nos pasmamos ante cualquier rebuzno lírico, porque no sabemos diferenciar la tráquea de un asno de las cuerdas de un violín.

Sin embargo, la musa de Carlos Martínez Vigil se ha ido de preferencia a los jardines funambulescos donde Quevedo se placía en reír estrepitosamente e Iriarte afinaba sus burlas aceradas. Desertando entonces las sendas por donde paseaban sus ensueños las Filis y Amarilis, y apartándose de los sañudos bosques donde crecen laureles para las virtudes y heroísmos, entretuvo sus ocios con las luminarias y músicas que hacen de aquellos cármes del ingenio que compuso *Las zahurdas de Plutón* y *El sueño de las calaveras*, lugar de alegría y de bulla, de fáciles emociones y de efectiva enseñanza. Ya, desde los tiempos de la "Revista Nacional", su espíritu retozón, que corría parejas con el de Rodó, había revelado singular maestría para la sátira, la burla jacarandosa y la carcajada sonante. Narrando algunos lances y anécdotas de la juventud bullente de Rodó, he tenido ocasión de citar frases, versos y chistes que señalaban alguna debilidad o castigaban un vicio; he contado también aquella broma que me hicieron con una cartita, escrita toda en octavas reales, aunque a simple vista parecía

estarlo en corrida prosa, suscripta por José Pardo y Ramón Vilardebó; y me dejé en el tintero muchas otras cuartetas en las que, con mucho donaire, se ponía en solfa a políticos y escritores de la época. En todos esos asuntos tuvo mi viejo amigo, no sólo la pasiva presencia del cómplice, sino la actividad responsable del colaborador. Rodó preparaba un dardo y Carlos lo aguzaba; aquél componía un verso y éste lo completaba con otro: así la risa de entrambos adquiriría sonoridades épicas. ¡Tiempos hermosos aquellos en los que vivíamos como en medio a una ensoñación! Trabajábamos como endemoniados para dar a luz los números de nuestra Revista; leíamos y estudiábamos a cualquier hora del día o de la noche; escribíamos con toda el alma nuestras lucubraciones; lidiábamos y discutíamos por nuestras ideas como poseídos, y todavía nos sobraban energías para aplicarnos el papirotazo de una broma. Corríamos tras los colaboradores para arrancarles el material con que teníamos que llenar las macizas columnas de la Revista; buscábamos afanosamente suscriptores a fin de enjugar los déficits de la impresión; corregíamos originales y pruebas. Así un día tras otro día, durante tres largos años. Por vigilar la composición y el tiraje, nos pasábamos la noche en vela. Cierta vez, Carlos Martínez Vigil, que se había pasado en pie, con Rodó, toda la noche, aguardando que se abriera la imprenta de Peña a fin de corregir no recuerdo qué trabajo literario, hubo de concurrir a su empleo de la Biblioteca Nacional sin poder darse una media hora de descanso siquiera. Y bien, ¿imaginan ustedes lo que aconteció? Medio dormido, por la razón antedicha, fue a

sentarse frente a su mesa de trabajo, y puesto en el trance de catalogar unos libros recientemente entrados a la Biblioteca, cogió uno, lo abrió, y, automáticamente, sin darse cuenta de lo que hacía, comenzó a corregir los errores de letras y de acentuación que advertía, anotando al margen las letras y signos como se hace en las pruebas de imprenta. ¡Y lo extraordinario y curioso es que todas aquellas correcciones de un hombre semidormido estaban bien hechas!

La labor de Carlos Martínez Vigil en la *Revista Nacional* fue enorme y magnífica. No sólo trabajaba en lo suyo, sino en todo lo de los demás. Basta recorrer las páginas de aquélla para cerciorarse de la importancia de los trabajos que dio a luz: — estudios sobre cuestiones gramaticales, poesías, críticas y polémicas, una sesuda tesis jurídica intitulada “Libertad personal”, notas y cartas, pensamientos y acotaciones. Y, aparte esto, la cuidada corrección de las pruebas, que corría casi a su exclusivo cargo, porque Carlos practicaba, en literatura, la máxima cristiana: “no quieras para otro lo que no quieres para ti”. Corregía, pues, no sólo sus trabajos, sino los trabajos de los colaboradores, esmerándose en que éstos salieran publicados con la mayor corrección ortográfica posible, y, lo que más importa, sin esos vicios de lenguaje o esos graves errores de sintaxis en que solemos incurrir, por inadvertencia o ignorancia, los que escribimos para el público. ¡Cuántos autores tendrían que estarle gratos a mi amigo por haberles evitado el sonrojo de una tontería o de un disparate! Pero él ejecutaba todo eso conducido por el grande amor que profesaba a nuestra Revista. La quería perfecta; no

se contentaba con que fuera variada e interesante. Y tenía razón que le sobraba.

Aquella musa festiva de que he hablado antes, aunque haya enmudecido durante mucho tiempo debido a la improba labor del periodista y del jurisconsulto, no está muerta. Es mucha la vitalidad de este ingenio singular para que se rinda como la de un sieteinesino cualquiera. Así que el hombre tiene una hora de descanso o puede restar un momento a sus habituales ocupaciones, en rápidas escapadas de colegial vuelve al jardín funámbulo de sus mocedades para recrearse con los farolillos de colores y las músicas alegres del organillo trashumante. No hace mucho tiempo todavía, encontrándose en Río de Janeiro (donde va a pasar el invierno todos los años), oyó de labios de una vecina un dicho que puso de inmediato en movimiento la columna de sus ideas. Aducía aquella que los idiomas portugués y español son exactamente iguales, sin duda porque hablando ella el primer idioma advertía que su interlocutor la entendía y que ella misma, a su vez, comprendía lo que éste último expresaba en el segundo idioma. No necesitó más la musa para despertar de su letargo. Llegóse en puntillas de pie hasta el poeta a quien había inspirado, muchísimos años antes, las afiladas ironías de "Desengaño" (1), y le sopló estos versos:

Mi vecina doña Rosa
sostiene de sol a sol

(1) Puede leerse el bellissimo soneto, digno de Quevedo, intitulado "Desengaño", en el número 4 de la *Revista Nacional*, tomo I, página 56.

que el portugués y español
es todo una misma cosa.

Mas ésta no es tan sencilla,
porque un can es un "cachorro",
una montaña es un "morro",
y "cadeira" es una silla.

Son los pisos "assoalhos",
el "presunto" es el jamón,
la "calça" es el pantalón,
y "aboboras" los zapallos;

La almohada, "travesseiro";
el almohadón, "almofada";
un militar, "anspeçada";
cierto carro, el "tintureiro".

Hay vocablos a montones,
iguales o semejantes:
"homem", "mulher", "depois", "antes",
quinientos, *milla* y *millones*...

Pero el pasto es el "capim",
la "vitella" es la ternera,
y dicen "tripa leiteira"
al clásico chinchulín.

Una "faca" es un cuchillo;
un "garfo" es un tenedor;
"dôr" le llaman al dolor.
¿Qué más? "Escova" al cepillo.

Otras rarezas que hallo:
monte es "matto"; traje es "terno";
un "pinto", un pollo muy tierno,
y un gajo de árbol, un "galho".

Es aquí "bonde" el tranvía
y es la "pipa" la cometa;
"guardanapo", servilleta,
y "açougue", carnicería.

El codo es el "cotovello";
la madeja es la "meada"...
como quien no dice nada;
"lenço" llaman al pañuelo.

"Rato" dicen al ratón;
a las cejas, "sobrancelhas";
y son las viejas las "velhas",
y "sacada" es el balcón.

Cierto: los gatos son gatos,
mas los helados, "sorvetes";
cortaplumas, "canivetes",
y los rumores, "boatos".

"Ciumes" llaman a los celos;
a los porotos, "feijão";
comida es la "refeição";
"balas" son los caramelos.

Y aunque parezcan dislates
inventados por Mandinga,
es la selva la "caatinga",
son los' sastres "alfaiates";

"frango" es pollo, "perú" el pavo,
y un paquete es un "embrulho".
En fin, esto es un barullo
que nadie lo entiende al cabo.

Pese a todo, doña Rosa
sostiene de sol a sol
que el luso y el español
son los dos la misma cosa.

Aparte el erudito, el gramático, el poeta, el periodista, el jurisconsulto, ofrece Martínez Vigil la nota de narrador en prosa amenísimo, como basta a demostrarlo su libro *Por tierras amigas*, en el que ha reunido algunas crónicas de viaje e impresiones sobre hombres y lugares del Paraguay y Brasil. Con suelto estilo, que llega hasta el de la confianza familiar sin relajarse un punto, cuenta sucesos, describe paisajes, señala costumbres, dibuja alguna figura procer, todo ello entrecomado con un comentario certero o alguna de esas regocijantes anécdotas de las que posee una colección inagotable. Del espíritu animador de estas narraciones ha dicho él mismo lo siguiente: "Aunque la suerte me deparara de continuo la visión de cosas extraordinarias, me siento feliz observando muchas que no lo son. Las primeras las advierten todos o casi todos, y yo me deleito frecuentemente con detalles indiferentes para la generalidad, obedeciendo una tendencia irresistible de mi espíritu, que concuerda con mi arraigada convicción de que las circunstancias menudas, las ocurrencias subalternas, son el hilo con que se teje la vida".

Lo que da singular resalte a estas diversas actividades de Martínez Vigil es que detrás de cada una de ellas se descubre un hombre. Otros, si son poetas, nos hacen oír el cascabeleo de sus rimas, nos muestran el dolor que los aflige por el desdén de una coqueta o nos cantan la patria con amplias melopeas campanudas; pero allá, en la entraña del verso, no late un corazón humano ni se presiente la presencia de un carácter; — si son juristas, interpretan una palabra de la ley, buscan concordancias con otras leyes,

traen a colación el derecho romano, las leyes de Partidas y el Código Napoleón, disertan en fin como eruditos y como sofistas; pero olvidan sistemáticamente que la moral jurídica es para regir seres humanos y no arquetipos de perfección extraterrena; — y si son periodistas, peroran, discuten, polemizan con grandes frases retóricas y una mala fe capaz de partir por el medio a una estatua de bronce, desconociendo que el primordial deber del que escribe en papeles para el público consiste en exhibir la honradez de un corazón bien puesto. La gran mayoría de los que trabajan intelectualmente para el público — críticos, dramaturgos, novelistas, y hasta pintores, escultores y músicos — no se cuidan más que de su especulación espiritual y de vestirla con formas más o menos bellas; ninguno se dice, en el fuero íntimo de su conciencia, que su misión más considerable y alta está en ennoblecir las almas, en moverlas por el camino del bien, en patinarlas de humanidad para que sean dignas de la estirpe. ¿Por qué admiramos tanto a los grandes trágicos griegos? ¿por qué con tan honda emoción leemos a los latinos del siglo de oro? ¿por qué nos conmueven profundamente Shakespeare, Balzac, los primeros maestros del naturalismo, Dostoyewsky, Pérez Galdós, Ibsen? Porque en el fondo de todas sus creaciones palpita un corazón humano.

No todos, claro está, infunden en el mismo grado ese calor de vida, ese profundo sentimiento de solidaridad con los semejantes, a lo que piensan, dicen o escriben; pero, sea el que sea el calor que pongan, cuando lo ponen con sinceridad, la creación luce un estigma que todas las almas reconocen. Aun en los

trabajos más áridos, en las disertaciones más abstrusas, ese estigma se revela, si el filósofo, el ensayista o el gramático supo buscar, por encima del asunto o problema estudiado, su proyección social, su influencia sobre los corazones y las inteligencias. Hablar como artista o como filósofo está bien; pero siempre estará mejor pensar y hablar como hombre.

Esta característica es la que descubro en todos los escritos y trabajos de Carlos Martínez Vigil. Componga una poesía — como la citada “Cave ne cadas”; — redacte una crítica gramatical — como “Sobre lenguaje”, buscando mantener incólume el idioma; — escriba en el periódico sus artículos doctrinarios o de combate, para ilustrar al pueblo o tutelar sus derechos, siempre tras el escritor se ve una conciencia libre, un carácter, una fuerza, un corazón. Es un ser vertical, orgulloso de serlo, que sueña con que todos los demás humanos lo sean. No escribe por mera vanagloria: escribe porque considera un deber decir la verdad, — que puede ser, que tiene que ser un bien para los que lo lean. Un gran amor le solivianta, y ese amor es el que fluye de toda su labor.

Es que Martínez Vigil ahí, donde le vemos, comunicativo, modesto, sin ambiciones, es la rectitud misma. Jamás transó con el mal; nunca comulgó con la hipocresía; ignoró siempre la envidia; no se avino con esa moral de ocasión que rige las conveniencias sociales y las grandes supercherías de la civilización. Solo, aislado, metido dentro de sí mismo, como aquel severo doctor Stockmann del drama ibseniano, no respondió más que al dictado de la propia conciencia, y por ello son tan puras sus manos, tan elevada su pré-

dica, tan fecunda su enseñanza. Es uno de esos varones-quijotes que el arrivismo de una ideología desvergonzada podrá mirar con su peculiar desdén, pero que las gentes decentes saludarán siempre con admiración y respeto.

Finalizada su semblanza, amigo mío, sólo me resta echar la firma.

Víctor Pérez Petit.

